

**CINCO CUENTOS CAMPECHANOS**  
**1845 - 1861**

**Damián Enrique Can Dzib**



COLECCIÓN

*Bicentenario Campeche Solidario*

0EL  
14814  
A. 19810  
EJ 2

# CINCO CUENTOS CAMPECHANOS 1845 - 1861

*DAMIÁN ENRIQUE CAN DZIB*

*COMPILADOR*

COLECCIÓN  
**BICENTENARIO**  
**CAMPECHE SOLIDARIO**



CAMPECHE, MÉXICO.  
2010

COMITÉ ORGANIZADOR DE LA CONMEMORACIÓN DEL  
BICENTENARIO DEL INICIO DEL MOVIMIENTO DE INDEPENDENCIA NACIONAL  
Y DEL CENTENARIO DEL INICIO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA



LIC. FERNANDO ORTEGA BERNÉS  
GOBERNADOR CONSTITUCIONAL DEL ESTADO  
PRESIDENTE DEL COMITÉ

LIC. CARLOS PÉREZ CÁMARA  
COORDINADOR GENERAL DEL  
CONSEJO CONSULTIVO

LIC. ALFONSO ESQUIVEL CAMPOS  
SECRETARIO EJECUTIVO DEL COMITÉ

LIC. JOSÉ MANUEL ALCOZER BERNÉS  
SECRETARIO TÉCNICO DEL CONSEJO CONSULTIVO



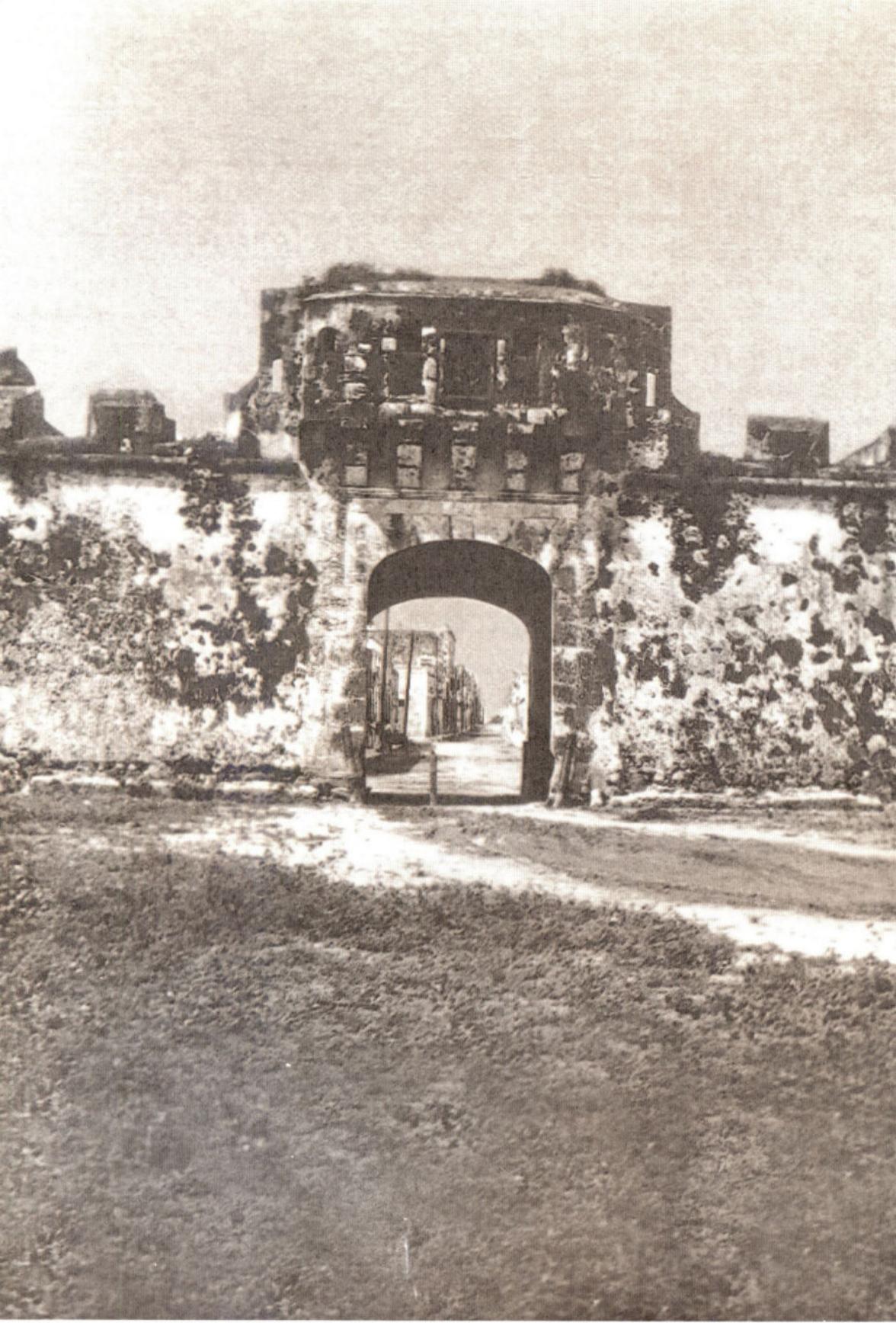
COLECCIÓN BICENTENARIO CAMPECHE SOLIDARIO  
**CINCO CUENTOS CAMPECHANOS, 1845 - 1861**

*Damián Enrique Can Dzib. Compilador.*

Edición Conmemorativa del Bicentenario  
del Inicio del Movimiento de Independencia Nacional y  
del Centenario del Inicio de la Revolución Mexicana

© GOBIERNO DEL ESTADO DE CAMPECHE 2009-2015

San Francisco de Campeche, Campeche. México 2010



Con amor para las flores de mi jardín  
Osiris (mi esposa) y Febe (mi hija)

## ÍNDICE

9	INTRODUCCIÓN
11	PRÓLOGO
19	LOS CARDOS CON TUÉTANO <i>POR ADOLFO ECÁRREA BOLLRA, 1845</i>
29	UN SACERDOTE Y UN FILIBUSTERO DEL SIGLO XVII <i>POR ADOLFO ECÁRREA BOLLRA, 1846</i>
71	EL ÁNIMA EN PENA <i>POR ADOLFO ECÁRREA BOLLRA, 1846</i>
85	LA PLUMA DEL ÁNGEL <i>POR PABLO ARAOS, 1861</i>
95	LOS DOS ENMASCARADOS O EL CRÉDITO EN PELIGRO <i>POR PEDRO SALAZAR, 1861</i>

## INTRODUCCIÓN

**T**odos los pueblos y todas las naciones han desarrollado su particular narrativa. Campeche también. La narrativa presenta dos vertientes: el cuento y la novela. Durante el siglo XIX la novela y el cuento serán cultivados por muchos escritores notables. Así por ejemplo se escribieron novelas como *El cerro de las campanas* y *El sol de mayo*, de Juan A. Mateos, publicadas en 1868, *Clemencia* de Ignacio Manuel Altamirano en 1869, *Los bandidos del río frío* de Manuel Payno, entre 1889 y 1891, *Un año en el hospital de San Lázaro* y *La hija del judío* de Justo Sierra O'Reilly entre 1840 y 1850, *Historia de Welinna* y *El santuario de la aldea* de Crescencio Carrillo y Ancona, publicada la primera en 1862 y en 1866 la segunda y *El filibustero* de Eligio Ancona en 1864.

La actividad literaria del siglo XIX en Campeche fue representada por personas como Joaquín Baranda, Pablo Araos, Luis Chosa, Ignacio Rivas, Federico Duque de Estrada, Máximo Ocampo, Pedro Salazar, por el presbítero Manuel Heredia, Santiago Martínez, Juan Carbó, por los yucatecos José Peón y Contreras, Olegario Molina y por el tabasqueño Manuel Foucher entre otros.

Esta obra compila cinco cuentos publicados en Mérida y Campeche entre 1845 y 1861. Tres de ellos: *Los cardos con tuétano*,

*Un sacerdote y un filibustero del siglo XVII* y *El ánimo en pena* fueron escritos por Adolfo Ecárrea Bollra y se publicaron en *El Registro Yucateco* entre 1845 y 1846 y dos de ellos: *La pluma del ángel* escrito por Pablo Araos y *Los dos enmascarados o el crédito en peligro* escrito por Pedro Salazar fueron publicados en el periódico literario *El Campechano* en 1861.

Se ha respetado la ortografía, la acentuación y la sintaxis original. He decidido llamarle así por dos razones, la primera: dos de ellos *Los cardos con tuétano* y *El ánimo en pena* que aunque no tratan sobre Campeche eso no le resta mérito puesto que ambos fueron escritos en Campeche y la segunda, los tres restantes sí están inscritos en el contexto histórico de Campeche lo que nos permite por tanto afirmar que la práctica literaria en Campeche corría a la par con el contexto nacional decimonónico<sup>1\*</sup>. Adentrarnos en este maravilloso y mágico mundo del cuento nos permite evocar el pasado literario y cultural del Campeche del siglo XIX. Caminar imaginariamente por sus polvorientas calles, sentir su brisa nocturna, asistir a su vida religiosa, o vivir la angustia de la deuda son algunos elementos narrativos que nos guiarán a deleitarnos y a regocijarnos en una de las prácticas literarias menos conocida de Campeche durante el siglo XIX y que hoy emerge del polvo y del olvido para enriquecer las páginas literarias e históricas de nuestro amado Estado.

*Damián Enrique Can Dzib*  
Verano del 2007.

---

<sup>1\*</sup> No solamente me estoy refiriendo al cuento en sí, hablo también de las poesías que he compilado respecto a esa época, de los discursos literarios e históricos que se leían en el Palacio de Gobierno y en la Alameda Francisco de Paula Toro durante el festejo patrio del 16 de septiembre. Desgraciadamente hasta ahora no hemos podido encontrar alguna novela histórica de Campeche respecto a esta centuria.

Por nuestras letras nos conocerán

## PRÓLOGO

**E**s posible considerar que la cultura de un pueblo, de una comunidad, complementa su desarrollo mediante la participación social de sus habitantes. Tal participación implica compromisos en contextos más extensos, situaciones históricas, hechos cotidianos, entorno económico, campo social y actividades artísticas.

Dentro de un campo que nos resulta más conocido, el quehacer artístico, podemos observar que la literatura ha resultado uno de los vehículos en el que la participación social de sus involucrados, autor-lector, se vuelve estrecha. Por ejemplo, la literatura del siglo XIX, específicamente la que se publicó en la segunda década en lo que ahora es nuestro país, México, se convirtió en una suerte de invitación a sumarse a los sucesos de carácter histórico producto de la lucha por la independencia.

En los primeros años del conflicto, la literatura mexicana estuvo en un proceso de búsqueda para consolidar una identidad propia. No puede pensarse de otra manera si se observa el hecho de que el gobierno del país estuvo prácticamente a la deriva. La literatura y el esquema socio-político estuvieron muy ligados. Aunque había una desorientación en el contexto de la literatura mexicana, igualmente existía la idea de crear conciencia en que el país necesitaba la

participación de sus habitantes en la vida nacional. La desorientación fue consecuencia de los embates bélicos y del arduo proceso de búsqueda.

Uno de los clásicos de la literatura mexicana, *El Periquillo Sarniento*, de José Joaquín Fernández de Lizardi, fue publicado precisamente seis años después del inicio de la lucha de independencia. El criterio general la ha considerado como la primera novela que se publicó en nuestro continente.

Los literatos mexicanos, sobre todo los narradores, trataron de encontrar su camino en medio de los estertores románticos, que poseía dos rostros. Uno, el liberalismo, proveniente de Rosseau a través de Fernández de Lizardi y otros autores; dos, la violencia y la exagerada respuesta emocional.<sup>2</sup> Otros novelistas se fueron por el lado del costumbrismo, que según la visión crítica, el interés de éste por lo singular y lo particular lo vuelven una rama expresiva romántica.

Una vez que se consumó la independencia, las obras de ficción se interesaron en el pasado mexicano. Según Brushwood "los temas más interesantes son los de la Inquisición, el indio idealizado en contraste con el conquistador y la defensa del criollo."<sup>3</sup>

Entre los años de 1845 y 1861 algunas obras, sobre todo las novelas por entregas, fueron muy populares en el país. Por ejemplo, Justo Sierra O' Reilly publicó *Un año en el Hospital de San Lázaro* en 1841; por entregas publican Manuel Payno *El fistol del diablo* entre 1845 y 1846 y Sierra O' Reilly *La hija del judío* entre 1848 y 1850.

---

2 Véase John S. Brushwood. *México en su novela*. FCE. México. 1993

3 *Ibidem.* p.

Juan Díaz Covarrubias publica, en 1858, *El diablo en México* y Manuel Payno, *El hombre de la situación* en 1861.

Con respecto a lo que ocurrió en Yucatán la situación no fue diferente a la del resto del país. Líneas arriba se ha mencionado a Sierra O' Reilly, pero también publicó en Yucatán Eligio Ancona. Su obra fue *El filibustero* en 1864. Silvia Molina asevera: "La producción periodística y literaria de Campeche data precisamente de los inicios del siglo XIX, y es producto de la introducción de la imprenta [...]"<sup>4</sup> A raíz de ese inicio, durante el siglo XIX los géneros más populares fueron la novela y el cuento.

Entre los sucesos políticos, históricos y sociales de Yucatán, la literatura fue una especie de bálsamo para los lectores yucatecos, no obstante que las letras estuvieran influidas de dichos acontecimientos. A pesar de que Campeche pertenecía al Estado de Yucatán, hubo escritores que se formaron en la ciudad de Campeche, lo que hoy es la capital de nuestro Estado. Decíamos que entre planes del rumbo que debía seguir la política local y la aparición de las escuelas como el Colegio de San José, el colegio de San Miguel de Estrada luego Instituto Campechano, determinantes para los sucesos sociales y políticos que se avecinaban en la entidad, los escritores fueron forjando una identidad literaria propiamente campechana. Existe una respetable lista de los personajes que dieron vida a las letras de la entidad, Pablo J. Araos, Luis P. Chosa, Pedro Salazar, Miguel y Federico Duque de Estrada y Leclerc, Tomás y Luis Barbachano, Pedro y Perfecto Baranda, Ignacio Rivas y otros.

---

<sup>4</sup> Silvia Molina. *Campeche, punta del ala del país. Poesía, narrativa y teatro (1450-1990)* CONACULTA. México. 1991.

Hacia 1841 aparece el periódico que será uno de los factores principales para la definición de la literatura peninsular, *El Museo Yucateco*. Un periódico que se publicó en la ciudad de Campeche y forjó a varias generaciones de escritores campechanos. Dice Silvia Molina: “*El Museo Yucateco* resultó ser un periódico no únicamente literario sino también histórico; y representó para los campechanos la primera posibilidad de hacer y publicar literatura en su ciudad.”<sup>5</sup>

A *El Museo Yucateco* le continuó *El Registro Yucateco*, publicado de 1845 a 1849. Sus tres primeros números aparecieron en la ciudad de Mérida y el cuarto en Campeche. Este nuevo periódico pretendió dar una continuidad a lo hecho por *El Museo Yucateco*, pues sus redactores fueron los mismos.

En 1861 aparece un periódico literario redactado por jóvenes, *El Campechano*, importante para entender la literatura y el periodismo del siglo XIX en Campeche. Entre los integrantes de la sociedad que lo editaba se encuentran José María Regil, Tomás Aznar Barbachano, Santiago Martínez Alomía, Juan Carbó, Perfecto Baranda y otros. Este periódico se publicaba los días 1 y 15 de cada mes. Su duración fue de casi ocho meses.

Para cerrar este contexto, baste corroborar la importancia de Sierra O’ Reilly, maestro de una generación de escritores, considerado como el precursor de la novela histórico-romántica en México. Muchos escritores yucatecos y campechanos siguieron su ejemplo al publicar por entregas en los periódicos literarios referidos.

---

5 *Ibidem.* p. 33

Tal bosquejo breve, muy breve, de la historia de la literatura y el periodismo campechano es necesario para entender la actividad investigadora de Damián Enrique Can Dzib, egresado de la Licenciatura en Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma de Campeche. Y recalco "para entender" puesto que de dos de los periódicos literarios recopiló los textos campechanos que hoy nos conciernen.

Can Dzib nos presenta *Cinco cuentos campechanos: 1845 - 1861*. Propuesta de recopilación e investigación de cinco relatos escritos entre los años 1845 y 1861, que fueron publicados originalmente en *El Registro Yucateco* y *El Campechano*. Historiador acucioso, Damián Can Dzib nos extiende la invitación para deleitarnos con tres historias de Adolfo Ecárrea y Bollra, seudónimo de Rafael Carvajal – quien también utilizó el de Alfredo Albaro Roacel –, cuyas obras *María, la hija del sublevado* y *Un sacerdote y un filibustero del siglo XVII* se incluyeron en *El Registro Yucateco*. Esta última vio la luz en 1846 y Can Dzib nos la presenta junto con otros dos relatos del mismo Carvajal, *Los cardos con tuétano* de 1845 y *El ánimo en pena* de 1846.

En *Un sacerdote y un filibustero del siglo XVII*, Rafael Carvajal utiliza todo un cuadro de costumbres para replantear el debate entre la obligación moral y el ejercicio cívico y justo de un sacerdote para salvar la vida de su hermano, convertido por las circunstancias en un filibustero, protegido nada menos que de Lewis Scott, aquel pirata al que se le atribuye ser el primero en incursionar en tierra, atacar y saquear la ciudad de Campeche.

En *Los cardos con tuétano*, Carvajal utiliza la ironía como recurso

para solucionar un hecho doméstico en la vida de una pareja, cuyo dilema social se ve envuelto en el deseo del hijo de casarse con la hija del aparente enemigo del padre de familia.

En el último relato de Rafael Carvajal, *El ánima en pena*, el humor es la base del clímax en el que una prenda de uso cotidiano propone el pretexto para que un aparecido se transforme en distractor de situaciones ambientadas en el campo. El humor es tal que el mismo Carvajal alude a que el ánima en pena se vuelve en ánima "despenada".

Además de estos tres relatos, Damián Can Dzib recopiló uno de Pablo Araos, *La pluma del ángel*, publicado en *El Campechano* en 1861. Aquí lo chusco y la picaresca humilde de un sacristán contrastan con la seriedad del sacerdote en algún pueblo de nuestra entidad. La causa: la venganza con característica de inocencia por parte del sacristán. La solución la propone el personaje del sacerdote en un momento de meditación y le atribuye, con todo lo que implica una mentira piadosa, esencia de divinidad.

Por último se presenta un cuento de Pedro Salazar publicado también en *El Campechano* en 1861, *Los dos enmascarados o el crédito en peligro*. Este es otro cuadro de costumbres en la bahía de Campeche. El autor recrea la ciudad de Campeche en el año de 178...., rememora el trazado y la nomenclatura de las calles de aquel entonces. En esta especie de comedia de enredos los personajes principales, dos enmascarados, solucionan sus problemas económicos con base a un engaño ¿sin maldad? al prestamista de la ciudad. No hay moralejas, no hay denuncias, no hay críticas sociales. Solamente

existe el afán de contar una historia en el contexto de un pasado histórico. Es tal dicho afán que incluso el narrador de la historia guarda ejemplarmente la sana distancia que debe existir entre lo relatado y su presencia como narrador. Es todo, es un simple goce estético. Nada más.

Estos relatos acercan a nuestros ojos el derrotero literario del siglo XIX de nuestro Campeche querido. Las letras decimonónicas campechanas también contemplaron el romanticismo y el costumbrismo. En esta recopilación tenemos un legado más de la historia de la literatura campechana y debemos congratularnos de que un investigador como Damián Enrique Can Dzib, en quien se intuye su amor por el terruño y su necesidad de conocerlo a fondo, promueva algo más que un simple rescate documental, el valor de la historia literaria cotidiana.

*Agustín Chuc López*  
Verano, 2007

## LOS CARDOS CON TUÉTANO

**E**n una de las últimas noches de carnaval pasado, hallábase Mr. Aubertin, rico banquero que hacía tiempo se había retirado de los negocios, sentado en un salón de su casa conversando con su amigo y contemporáneo Mr. de Marans.

-Mi querido Aubertin, decía este último, no concibo cual puede ser el motivo de la obstinación con que te opones al casamiento de tu hijo con la señorita de Moeris. Esta es una joven bonita, rica, de una familia que nada deja que desear, y, vamos, los muchachos se aman con ternura, y.....

-Pero si no soy yo el que me opongo al casamiento: es madama de Aubertin.

-¿y cuáles son sus razones?

-¿las razones, las razones? tu bien sabes que no quiere darlas.

-Escúchame, Aubertin, replicó Mr. de Marans, tu eres un hombre prudente y racional: siempre has sido lo mismo; pero te he conocido un defecto, que en verdad ha oscurecido algún tanto tus buenas cualidades: los celos.

-¡oh! ¡Ya no soy celoso...tu ves que mi mujer va al baile de la ópera, y ni siquiera ha tenido la tentación de acompañarla.

-Hombre, ya lo creo, pues si tu mujer cuenta ya sus cincuenta abriles. No faltaba más que ahora te metieras a celarla. No, no creo que ahora seas celoso, no tal, convengo en que ya has prescindido de semejante ridiculez. Lo que quiero decir es, que has sido celoso durante el espacio de veinte años, y que si bien estos celos han probado tu amor, también....

-Sí, en efecto, siempre le he tenido mucho amor a mi mujer.

-Pues, pero este amor que estoy muy distante de censurarte, al contrario, ha dado lugar a que madama de Aubertin adquiera y ejerza sobre ti un imperio absoluto, y que ahora abuse de el.

-Quiere decir que tu me consideras como un marido muy débil, exclamó Mr. Aubertin.

-Tan débil replicó su amigo, que no sabes la causa de la negativa de tu mujer.

¿Quién te lo ha dicho?

-Tu mismo; y si la sabes ¿porque no la dices? Por poco racional que sea...

-Es muy justa

-Bien, veámosla

-Aunque estoy seguro que te vas a reír, te convencerás no obstante que ella no puede obrar de otro modo, y que yo no puedo chistar palabra.

-¡no atino cuál pueda ser la causa!

-Los cardos con tuétano.

Mr de Marans retiró bruscamente su silla, y se puso a mirar con mucha atención a su amigo, para buscar en sus ojos el signo fatal del extravío de su razón. Las miradas de Mr. Aubertin eran plácidas y tranquilas, aunque un poco abatidas.

-¡cardos con tuétano, exclamó al fin Mr. de Marans completamente sorprendido!

-Sí, cardos con tuétano.

-¿tu te chanceas, Aubertin?

-¡no tal! Sabes bien que es mi plato favorito, y que este guiso no solamente repugna a mi mujer, sino que le es nocivo, de manera que apenas acierta a tolerarlo en la mesa, y moriría de hambre antes de tocarlo.

-Ya lo se; pero no veo que relación....

-Es necesario que te haga este recuerdo antes de contarte lo que pasó

en esta misma casa ahora veinte y dos años.

-¿en tiempo que eras muy celoso?

-Precisamente. Yo me hallaba entonces muy engolfado en mis negocios, y mi mujer tendría unos veinte y ocho años. Recibíamos en casa mucha gente: Mr de Moeris la frecuentaba a menudo.

-¿el padre de la joven con quien quiere casarse tu hijo?

-El mismo. Si lo conociste en aquella época, te acordarás que era buen mozo, amable, inteligente, en fin que podía dar celos...así es que...me dio celos.

-¡Ya me lo suponía! O dejarías de ser quien eres. Apuesto a que tendría fundamento, y que tomaste por realidades los fantasmas de tu imaginación suspicaz.

-Perderías la apuesta, querido mío.

-Nada hay más fácil.

Mr Aubertin se levantó, se dirigió a cierta parte de la pared del salón, la golpeó, y dio un sonido hueco.

-Sabrás, dijo, que hubo un Dionisio de Siracusa que se valió de un medio semejante para descubrir los secretos de sus amigos: un rey de Inglaterra le imitó, y llamaron a este escondrijo las orejas del rey. Pues bien, yo he hecho lo que estos dos personajes, yo también he tenido mis orejas.

-¿de veras?

Sin duda. En los primeros años de mi casamiento mandé construir una pequeña alcoba, cuya existencia todos en casa ignoraban, desde donde podía escuchar perfectamente todo lo que se hablaba en este salón. A ella me introducía por una puertecilla hábilmente encubierta, y cuando me creían lejos de casa, hallábame metido en mi escondrijo.

-¡que falta de delicadeza Aubertin! No te hubiera creído capaz....

-Tienes razón, lo conozco y no trato de justificarme. Recuerda, sí, que yo era muy celoso, que mi mujer era bonita, y que te estoy contando la historia de un plato de cardos con tuétano. Por otra parte, te aseguro que hace a lo menos diez años que no pongo el pie en tal alcoba, y aún ignoro cuanto tiempo hace que anda la llave perdida. El caso es que podía, a mi entera satisfacción, observar los progresos que hiciese la pasión de Mr de Moeris, y los medios que adoptara para seducir a mi mujer. De día en día se volvía más tierno, más fogoso, y mi mujer se resistía, primero, alegando su amor por mí, luego, la ternura que sentía hacia su hijo, este mismo caballerito que ahora quiere enlazarse con la hija del seductor. Le habló madama Aubertin de su reputación, que la más ligera falta haría desaparecer, de los amargos recuerdos, de los remordimientos que indudablemente seguirían a un trato adúltero y clandestino; y Mr de Moeris hacía valer su amor, que juraba sería eterno, y ofrecía a sus plantas su fortuna, su vida entera. Quería huir con ella al cabo del mundo, y la juraba que la amaría de vieja con el mismo fuego que en aquel momento. Se explayó en reproches y quejas por que no era correspondido, y madama Aubertin

le interrumpió, con una voz cortada por sus sollozos, y le dijo que de ningún modo le confiaría los secretos de su corazón, pero que tal vez no tendría de que quejarse, puesto que era muy posible que no fuese el único desgraciado. En una palabra, le dio a entender que el único obstáculo a su felicidad era yo, y que sentiría un placer, si yo hubiera estado en el mundo, en reciprocarme un tan rendido afecto.

-¿será posible? exclamó Mr. de Marans.

A lo menos, así lo entendió Mr de Moeris, prosiguió Mr Aubertin, pues se puso a perorar, y dijo que yo había venido al mundo precisamente para hacerle el más infortunado de los mortales: que sin mi su vida correría apacible y dichosa; y aunque no se atrevió a confesar explícitamente el odio que me profesaba, ni a expresar en términos muy claros el caritativo deseo de ver a mi mujer viuda, dijo no obstante lo suficiente para que madama Aubertin le fuese a la mano, haciéndole observar que habían palabras y deseos que una buena esposa no debía ni podía escuchar. Se separaron, y yo salí de mi escondite hecho un fuego, pues me parecía que mi rival era amado, o al menos que tocaba ya el tiempo de serlo. Jamás se había encontrado un hombre celoso en una posición más crítica. Es verdad que todo lo sabía, pero el modo de que valí para sorprender el secreto me obligaba a callar. Maldecía de mi estratagema, mil veces me vi tentado de arrojar al río la llave de la alcoba, pero me conocía demasiado bien, y estaba seguro que al día siguiente haría hacer otra. Había momentos en que pensaba desafiar a Mr de Moeris, más luego deseché esta idea. Y temeroso de que mi mujer podría

tal vez no acertar a resistirse a tanta seducción, resolví alejarme de París, y sustraerla a la vista de su seductor. La mañana siguiente, aparentando calma, y con una sonrisa que a duras penas acertaba a fijar en mis labios, me dirigí al aposento de madama Aubertin.

-¿y no la dijiste...?

-Ni una palabra. Vas a ver lo que pasó. Un criado tocó a la puerta.

-¿Qué hay? ¿Qué quieres? Le pregunté.

-El cocinero desea hablar a V., contestó.

-¿el cocinero? ¿Qué negocios puede tener conmigo?

-Tal vez te quiera pedir algún favor, dijo mi mujer. Anda a tu despacho, y recíbele.

-No tengo secretos para contigo, la respondí, y mucho más cuando se trata de mis sirvientes. Además, si el cocinero demanda alguna gracia, mejor querrá recibirla de tus manos que de las mías. Dile que entre.

El cocinero entró todo pálido, tembloroso y con cierto aire misterioso, seguro indicio de alguna funesta catástrofe.

¿Qué te ha sucedido, Rigaud? Pregúntole, alarmada por el aspecto desencajado del cocinero.

-¡ah mi señora!, respondió éste estrujando entre las manos su gorro de

algodón. ¡Si V, supiera...!

-Habla... ¿qué novedad traes?

Rigaud había recibido una carta anónima, y dentro de ella se había encontrado un billete valor de mil francos, prometiéndole otro de igual suma con la expresa condición de que mezclara con un plato de tuétano, plato que guisaba solo para mí, el contenido de una redomita que enviaban juntamente con la carta. El honrado cocinero me la entregó con la redomita que sacó de su bolsa, diciéndome que sospechaba que no se le pedía una cosa inocente, pues se le pedía misteriosamente y se le pagaba tan bien. Tomé la redoma, examiné su contenido, y eché algunas gotas en un terrón de azúcar, que tiré a una perrita que mi mujer quería mucho y jugueteaba en mi derredor en aquel momento. Apenas la probó, sus piernas temblaron, se le oscureció la vista, y cayó muerta sobre el tapiz.

¡oh cielos! ¡era veneno! Exclamó mi mujer, y se echó llorando en mis brazos.

El cocinero, sobrecogido de temor, me suplico le acompañase a casa de un comisario de policía para hacer su declaración. Yo con mucha calma y sangre fría, tributé un gran elogio a su fidelidad manifestéle que le era deudor de mi vida, le di otro billete de mil francos para reponerle el que le prometían, le recomendé se esmerase más con mi plato de cardos con tuétano que esperaba saborear con más placer que de ordinario, y le dejé en entera libertad para ir con cualquier magistrado, y hacer las declaraciones que le diese la gana.

Luego que nos quedamos solos, mi mujer lloró, sollozó y me colmó de caricias de cuya dulzura hacía tiempo me hallaba privado. La dije que parecía que existía algún enemigo mortal mío, pero que rodeado de una esposa que me amaba, y de criados honrados y fieles, nada debía temer, y me salí dejándola entregada a sus reflexiones. Cualquiera otro en mi lugar hubiera tenido mucha curiosidad de presenciar la primera entrevista de Mr. de Moeris con mi mujer, pero yo que conocía el carácter de madama Aubertin, y había observado el horror que la había inspirado el crimen que intentó cometerse conmigo, estaba seguro que semejante entrevista no tendría lugar. En efecto, madama Aubertin espantada de una pasión que no titubeaba, para satisfacerse, en ocurrir a medios tan bajos como cobardes, se dio sus trazas para hacer llegar al conocimiento de Mr de Moeris, que no le volvería a recibir en su casa. Picado el caballero de esta conducta, prescindió de un amor tan mal recompensado, y poco después se casó.

-La historia que me has contado es ciertamente horrorosa, exclamó Mr de Marans. Mr de Moeris es un criminal. Y ahora no extraño que madama Aubertin se resista a aliarse con un hombre que ha sido capaz de meditar semejante atentado. Sí me llama la atención que tu no participes de igual aversión y menosprecio.

-Pues qué, ¿crees tu que él fue el que intentó envenenarme?

-¡ciertamente! Pues, ¿quién otro pudo haber sido?

-Vaya una pregunta. Yo hombre, yo mismo. Sí, señor, yo fui quien

escribió la carta al cocinero y mandé también el veneno.

¿tu, Aubertin, tu?

-Claro es. Advierte que estaba celoso y que todo lo sabía, que Mr. de Moeris considerándome como el único obstáculo a su felicidad, y deseando mi muerte, él mismo me sugería la idea que luego puse en práctica, y que al fin me desembarazó de un rival peligroso. Creo que vale la pena pagar dos mil francos y una perra, para adquirir la tranquilidad perdida.

-Pero, desgraciado, has calumniado a un hombre honrado.

-¿yo? ¿Porqué? ¿he dicho acaso una palabra? ¿he desplegado mis labios, siquiera una sola vez, para acusarlo?

-Pero sabías muy bien que tu mujer le acusaría como un infame envenenador.

-Por supuesto, y precisamente no fue otro el fin que me propuse al obrar así. Además ¿qué noticia más grata podía dársele a Mr. de Moeris que la de mi muerte? ¿No la había deseado? ¿no se había visto precisada mi mujer a interrumpirle en medio de sus deseos homicidas?

-Es verdad, pero ¿le creía capaz de acción tan baja? ¿que, porque estaba enamorado había de volverse un asesino? ¿no le tenías por un hombre de honor?

-Sin duda.

-Pues entonces, ¿porqué hiciste recaer sobre él las sospechas de un crimen odioso?

-Porque tenía celos, y porque esta pasión, tan fuerte como el mismo amor, es también tan ciega como el. Ahora que ya han transcurrido veinte años, ahora que veo las cosas con otros ojos, y que ha caído el velo que me ofuscaba, te confieso que me avergüenzo de mi conducta, y me acuso a mi mismo, tanto como podías hacerlo tu. Creo que comprenderás ahora las razones que me asisten para no instruir a mi mujer de este suceso, ni desaprobar su conducta.

-¿es decir, en resumidas cuentas, que tu hijo será desgraciado, que la señorita de Moeris no se unirá con el amado de su corazón, porque ahora veinte años se te antojó calumniar a Mr de Moeris.?

-Pero amigo mío, esta calumnia, supuesto que calumnia es, es una de las más inocentes, y no comprende más que a una sola persona, y además...me ha evitado el ser...

-¡vaya, vaya! Conozco muy bien a madama Aubertin, y estoy completamente satisfecho que nunca lo hubiera sido.

En aquel momento se abrió la puerta, y entró madama Aubertin.

-¿tu aquí? Exclamó su marido, mirando al reloj que marcaba la una. Te hacía en el baile.

-No fui, contestó ella. He pedido a mi hijo acompañase a las damas que han pasado la tarde con nosotros, y yo me quedé pensando en

su casamiento. He reflexionado sobre este negocio, y he variado de opinión: otorgo ahora gustosa mi consentimiento.

-¿De veras madama?

-¿y porqué no? Replicó madama Aubertin. Ahora que me acuerdo prosiguió, ved aquí una llavecita que días pasados me encontré por casualidad. Tómala, que creo que es tuya.

La tomó Mr. Aubertin, se la embolsó, y le echó una mirada furtiva a su mujer que se retiró al momento del salón.

-¡amigo mío, exclamó riendo Mr. de Marans, el diantre de las orejas de Dionisio de Siracusa y de Jaime de Inglaterra, te han jugado una buena! ¡Ni por la imaginación te pasaría que al cabo de veinte años habías de caer en la misma trampa. A los quince días se celebró el casamiento con la señorita de Moeris.

*Adolfo Ecárrea de Bollra<sup>1</sup>.  
Campeche, junio 20 de 1845.*

---

<sup>1</sup> El Registro Yucateco. Periódico literario, redactado por una sociedad de amigos. t. 2, Mérida de Yucatán, Imprenta de Castillo y Compañía, 1845, pp. 250-257.

## UN SACERDOTE Y UN FILIBUSTERO DEL SIGLO XVII

### I

**E**l mes de octubre del año de 1660 tocaba ya a su término. Hacía una noche fresca, apacible y serena. El terral soplabla blandamente, y su leve susurro interrumpía apenas la calma silenciosa en que yacía la villa. Ya era tarde, cuando dos embozados, uno en pos de otro, desembocaron en la plazuela de la iglesia de nuestra señora de los Remedios, y, atravesándola tomaron la calle que ahora conduce a la puerta de tierra. Al primer golpe de vista, hubiérase notado una diferencia muy marcada entre los dos. El primero marchaba con paso firme y desembarazado, mientras que el otro le seguía cauteloso a una vista. En la próxima boca-calle hizo alto aquel, observó con atención por todas partes, y, satisfecho sin duda de su examen, se dirigió a una ventana de madera perteneciente a una casa de huano situada en la misma esquina, dio dos o tres golpecitos en los barrotes de un modo particular, y poco después se abrió uno de los postigos. El otro embozado habíase parado y ocultándose de bajo de la arboleda que sombreaba por ambos lados la calle. Escuchó con la atención más profunda, y tan luego como hubo percibido el ligero ruido que hizo el postigo al abrirse, se adelantó con paso precavido y receloso, hasta colocarse casi en la misma esquina, en una proximidad conveniente, desde donde pudiese oír distintamente cuando hablase el que había

venido siguiendo hasta allí.

-Isabel, no puede ser! Tu me amas! Fueron las primeras palabras que alcanzó a oír.

-Se muy bien, continuó la misma voz, que tu madre no quiere dar su venia para nuestro enlace, fundada, según dice, en que soy muy joven, de genio vivo, sin experiencia de mundo, y qué se yo qué otras zarandajas de vieja que no quiere casar a su hija. Pero tu tampoco haces nada de tu parte!

- Qué quieres que yo haga, replicó una dulce voz, si tu mismo hermano Fr. José aconseja a madre, y la apoya en su resolución?

-Mi hermano! Y que entiende un fraile de amores y casamientos? Vaya!

-esta mañana decía a madre te fijase un plazo moderado pero suficiente para que pudieses en el entretanto hacer fortuna, que sería una imprudencia, siendo los dos pobres, dejarnos casar ahora sin contar con medios para proporcionarnos una subsistencia cómoda. Pero aquí para entre nos, Ignacio, y te ruego no lo comuniques á nadie, por Dios! porque...

- Cuenta con mi silencio.

- Sí, lo sé, lo sé, y en esa confianza te lo diré. No sé si habrás visto un viejo armario que tenemos, que madre cuida mucho, y cuyas llaves nunca me confía. Esta desconfianza excitaba mi curiosidad, y ardía en deseos de averiguar el secreto que encerraba. El otro día le dí un

empujón que le hizo venir rodando al suelo, con la sana intención, te lo confesaré francamente, de que se hiciese pedazos, y de este modo me revelase lo que tanto anhelaba saber; pero el bendito armario es tan fuerte como viejo. No obstante, ya se...

- ¿Qué hay? Qué hay? Interpuso Ignacio.

- Ese armario, repuso la joven bajando la voz, tiene algún escondrijo donde guarda madre dinero, y mucho si he de juzgar por el ruido.

-Sí? Pues he allí una dificultad vencida. La experiencia de mundo la adquiriremos mejor y con más facilidad cuando estemos casados. Con que si quieres, manos á la obra.

-No te entiendo, Ignacio.

-Yo me explicaré. Mira, píllale las pesetas a la vieja: nos huimos, nos casamos y...vamos, a lo hecho pecho, dice el refrán. Y qué otra cosa harían? Lo de costumbre, Emisarios y requisitorias y llantos y vueltas por aquí y por allá y alguaciles al fin, y...por fin acabarán por donde debían haber comenzado, por conformarse, y nosotros quedaremos casados, que es de lo que se trata.

-Ignacio, es posible? Te atreves a proponerme semejante cosa? Lo has reflexionado bien? No lo creería de ti!

-No, Isabel mía, no! No hagas caso. No es más que un arranque de mi genio, algo tronera en verdad, pero...

-Buenas noches os de Dios nuestro Señor, prorrumpió con voz humilde y melosa un hombre que a la sazón pasaba por la calle.

-Mald.....! y la expresión de despecho que arrancara al joven una tan ingrata interrupción, murió en sus labios. Reponiéndose prontamente contestó con cortesía al saludo del pasajero.

## II

Entre la boca del río y la iglesia de San Francisco existía entonces una taberna muy acreditada entre los pescadores y marineros que concurrían a ella todas las noches a beber y charlar de sus campañas y aventuras marítimas, y aún a jugar, pues el buen tabernero era aficionado y muy ducho en la ciencia de Virjan. Era el tal un taimado valenciano que privaba en sus vinos y menjurjes, y más que en todo en sus naipes, que, según las leguas viperinas del barrio, le daban más que sus brebajes. Tenía consigo una mocetona recia y tosca que pasaba por su sobrina, que desempeñaba con general aprobación el importante papel de ama de gobierno. Así recibía con agrado un requebrón de aquellos de agua salada que le espetaban a cada rato los concurrentes, como largaba con el mayor desembarazo un sopapo al más pintado si trataba de propasarse a las vías de hecho.

Por supuesto que tanto el tío como la sobrina, eran gentes que estaban por lo real y positivo. Tengamos buen vino y buen aguardiente, se decían, que lo demás es patarata. Y efectivamente,

no se cuidaban mucho del aseo y limpieza de su establecimiento, y por lo que respecta a muebles y al ornato de la casa, estaban en completa armonía con las paredes mugrientas y lodoso suelo, y aún con el tío y la sobrina. Toneles viejos con tablas carcomidas tendidas encima, servían de mesas: dos o tres bancas de madera, parecidas a las mesas en lo ingenioso de su construcción, y media docena de sillas, pues, armazones de tal, porque solo por una que otra tirilla de cuero que aún permanecía agarrada a los bordes, podía uno adivinar que habían poseído asentaderas, de las que es de suponer las había privado el honrado valenciano con el objeto de facilitar la libre circulación del aire, y proporcionar de este modo más fresco a las de los ocupantes.

En aquella noche hallábanse reunidos en la taberna un considerable número de parroquianos, sentados en derredor de la gran mesa, que ocupaba el centro de la pieza, bebiendo y charlando a toda vela.

- Digo, nuestro amo Pepe? gritó uno (llamábanle así al valenciano, porque había sido en su tiempo contrabandista o contraamaestre, que sobre este particular la opinión pública no estaba acorde) dónde está el compadre D. Manolo?

- Qué se yo! replicó el tabernero. Por qué preguntas por él?

- Es que me pesa un pocota la faltriquera, y quisiera, o echarle más lastre, o irme de vacío. Y en verdad no entiendo por qué no quiere nuestro amo que otro *talle* con él más que D. Manolo.

- Que turbios tienes los ojos, Antoñuelo! Replicó otro. No ves, panarra, que nuestro amo quiere talladores de conciencia limpia?

- Ya! tan limpia como sus cartas!

- Mis cartas! mis cartas! repuso el valenciano en tono burlón; pero temeroso de zaherir el amor propio de sus parroquianos, se esforzó en dar a su fisonomía cierto aire de candor y sinceridad. Estoy seguro, caballeros, prosiguió diciendo, que mis naipes son legales, muy legales. Además son W. niños acaso, para pasarles gato por liebre? Se las apostara al más consumado tahúr, á que se las pegase. Ya sudaría la gota gorda, ya!

- El caso es, continuó el primer interlocutor, que el tal D. Manolito, con su cara compungida, sus palabras melosas y sus humildes miradas, tiene todos los tamaños de un bribon solapado.

La sobrina del tabernero tomó con calor la demanda, y salió a la defensa de D. Manuel. Acostumbrada a los modales bruscos y lenguaje desaliñado de aquellos hijos de Neptuno, habíala causado una agradable impresión en el corazón la amabilidad con que aquel acompañaba sus acciones y palabras. También es preciso confesar que para con ella se revestía de toda la dulzura de que era capaz el cuitado, y no despreciaba la ocasión de halagarla su vanidad de mujer. Era muy puesto en razón y muy natural que le defendiera. Y qué mujer en su cano no haría otro tanto?

La disputa empezaba a acalorarse, y el valenciano tuvo que intervenir.

- Gertrudis, la dijo, no son estas cuentas nuestras. Déjate de charlar, y llévale á ese pobre del tío Cristóbal un buen jarro de vino para que se humedezca el gaxnate, que lo debe tener seco de tanto hablar.

Esta oportuna salida dirigida á un viejo marinero que en toda la noche había desplegado los labios, tuvo un infeliz resultado, pues produjo una risotada general, y restableció al momento el buen humor y la armonía que Gertrudis había interrumpido.

Ya se habían retirado todos, y aun la misma Gertrudis se había recogido, cuando golpearon á la puerta de la calle.

- Quién va? gritó el tabernero de mal humor.

- Gente de paz! respondieron de fuera. Soy yo, compadre. Y un hombre embozado penetró luego en la casa.

- Te hemos estado esperando, compadre Manolo, exclamó el valenciano al verlo. Los muchachos estaban adinerados y tenían hambre de jugar. Hemos perdido una excelente oportunidad de hacernos de un buen pico.

D. Manuel se despojó de su capa, llenó de vino un vaso, y se lo echó a cuestras de un tirón. Parecía hallarse muy agitado, y á juzgar por sus facciones contraídas, y sombrías miradas, no era ninguna pasión noble la que le conmoviera en aquel instante. Paseó los ojos por todas partes, y luego preguntó á su compañero:

- Estamos solos?

- Sí: Gertrudis se ha recogido ya. Pero, á que vienen tus aspavientos y tu pregunta? Te ha espantado algún duende? Eh! Vamos, vamos, ya caigo! La Isabel sigue en la manía de preferir un mocito galán á un vejancon cascado como tu? –No te aflijas por tan poca cosa, compadre! Cada cosa en su tiempo! amoríos y chicoleos con una muchacha vivaracha y juguetona, y... Tu tienes el juicio trabucado.

- Qué mentecato eres, Pepe?

- Cómo...? Voto va! Si...

- Por Dios! No tengamos camorra. El asunto requiere sigilo, prudencia y resolución.

- Pues de que se trata? Es cosa de ganar pesetas? Cuenta desde ahora conmigo. Pero te suplico que no me vayas a salir con un complot de enamorado pisa-verde, o con alguna otra empresa de igual calaña.

- No, hombre, no. Te lo juro, por mi honor!

-Tu honor? exclamó el valenciano, largando una carcajada. Vamos: palabrotas a un lado, que nos conocemos ha mucho tiempo. Al grano, al grano.

D. Manolo tomó un asiento, hizo seña á su compañero le imitara, echó una mirada escudriñadora por el salón, y siguió hablando en voz baja.

-Hacía días que tenía noticia que Isabel y ese joven infatuado se hablaban a deshora de la noche por la ventana de la calle.

-No lo dije? interrumpió vivamente el valenciano.

-Por vida de...! Callarás? Hazme el favor de no interrumpirme. Déjame hablar. Esta noche le he espiado, le he seguido, y los he oído yo mismo. Ella, la inocente! le ha confiado en secreto que me ha sugerido una idea, un plan que he venido meditando hasta aquí, y cuento con tu pronta y activa cooperación para llevarlo a cabo y obtener un éxito feliz.

-Ya te he dicho que si hay plata que ganar, es cosa hecha.

-Pues allá voy! La madre de Isabel tiene mucho dinero guardado.

-Sopla! Y de dónde lo hubo?

-Ni lo se, ni te importa. El caso es que tiene dinero.

-Mejor para tí, compadre. Una bonita muchacha, y una suegra apotalada! Es una fortuna deshecho y muy raro, a fe mía.

-Ya; pero no se trata de que sea mi suegra. Bien sabes que eso es imposible.

-Revienta, pues! De qué se trata entonces?

-De que tu te hagas del dinero, y yo de la muchacha.

-Excelente idea! Pero no veo como...

-Escucha: yo me proporcionaré llaves falsas para poder penetrar en la

casa; esperamos una noche de norte, una noche lóbrega y lloviznosa; nos introducimos; la madre... la despachamos... al otro mundo! tu te haces cargo del dinero, que yo más tarde me haré de la hija que se encontrará sola y desamparada sin su principal apoyo.

-La verdad, compadre, esto de agua colorada, huele mucho a cáñamo! Ya tu ves que por un poco de dinero, no vale la pena de... No podíamos pillar, tu a la muchacha y yo las pesetas, y dejar en paz a la buena señora?

-las mujeres no se roban..

-Ya se que se dejan...

Y que inconveniente hay para que esta criatura no se deje?

-Imposible! Ni pensarlo! Esta malhadada mujer me desprecia, Pepe, me desprecia y me rechaza con asco, como si yo fuera un monstruo, un demonio encarnado. Pero Juro á Dios que ha de ser mía! Si mía, prosiguió con vehemencia. Arrostraré con cualquier peligro, con el infierno mismo si fuera necesario! Ha hecho befa y escarnio de mi figura; me ha prodigado los desaires, ha herido cruelmente mi amor propio; y, me vengaré. Será mía: la poseeré, y luego la escupiré en la cara, y la botaré al mundo deshonorada, una prostituta.

Una horrorosa imprecación terminó el discurso de D. Manuel. El valenciano, aunque acostumbrado á presenciar arrebatos de pasiones las más vergonzosas, le contemplaba, no obstante, con cierto pavor

de que no acertaba a desprenderse. El aspecto luidinoso del villano D. Manuel, presentaba en aquel momento las horribles facciones del crapuloso asesino. Sus turbios ojos, de en medio una faja roja que los ceñía, lanzaban feroces miradas: resbalaban las asquerosas pasiones que conmovían su alma vil: sus miembros todos yacían en un agitado desorden, y chocabanse unos con otros, y parecían luchar desesperados con el ángel de la muerte, que con mano férrea quería de un solo golpe arrebatarles la energía y la vida.

-Serénate, compadre, exclamó al fin nuestro amo Pepe, con voz tímida. Serénate, y arreglaremos mejor el modo de efectuar tus planes.

D. Manuel miró con ojos penetrantes á su compañero, se levantó, y apuró otro vaso de vino.

-Sí, es verdad, contestó sosegado. Vamos a acordar definitivamente el modo de ejecutarlos.

### III

Algunas semanas habían trascurrido despues de la noche en que tuvo lugar la conversación que llevamos referida. Ignacio, que con su hermano Fr. José participaba del cariño de la Sra. de Laríos, su anciana y viuda madre, había logrado la licencia maternal para enlazarse con su amada Isabel. Fr. José había sido el encargado de arreglar el casamiento, y aunque con alguna dificultad, acertó a

persuadir a su hermano lo difiriese por un año.

Se resolvió que, en el entretanto, pasase Ignacio a España en un barco próximo a dar la vela para los puertos de la península, con el objeto de perfeccionarse en la náutica, a que se había dedicado desde sus tiernos años.

Los dos amantes, que solo contaban con muy pocos días para verse y hablarse, no se separaban el uno del otro, y todas sus conversaciones se reducían a formar planes de futura felicidad conyugal, y cálculos alegres sobre el día que los había de unir para siempre, esforzándose en olvidar su próxima separación. Es tan triste alejarse del bien amado! Ahoga el corazón sus dolorosos sentimientos, y se hace ilusión con esperanzas lisonjeras de un porvenir dichoso, de una venturosa unión.

Era la víspera de la partida de Ignacio. Todo el día se lo habían pasado juntos los dos amantes. Las horas habían volado desapercibidas. Cuan cierto es que los instantes de dicha pasan rápidos, mientras que los del dolor caminan lentos y pausados para el desgraciado que los sufre!

-Adios, Isabel mía, mi bien, ya es tarde: hasta mañana. Aún nos queda un día más. Hasta mañana.

Se despidió Ignacio, y se separaron contentos los dos amantes, porque creían verse otra vez. Bien distantes estaban de pensar que aquella separación sería muy larga, y que antes de juntarse apurarían

hasta las heces el cáliz del infortunio! Estará fijada la suerte de los mortales en los inescrutables decretos de la Providencia? Sus momentos de placer, sus horas de dolor, serán obra de la casualidad, ó el resultado necesario de sus acciones? Los males que agobian al hombre honrado, será acaso lanzados por la mano del Eterno para probarle, para hacer a la virtud más amable y más bella, presentándola despojada de los falsos halagos de la vida pura y valerosa? Sí, porque nunca aparece más hermosa que en el infortunio, sufriendo resignada el maltrato del mundo, y tendiendo luego victoriosa, la mano de caridad celestial al que la injuriaba y escarnecía en su desgracia!

Apenas se había levantado Ignacio la mañana siguiente, cuando entró presuroso su hermano en el cuarto.

-Donde has pasado la noche? le preguntó despavorido.

-Extraño la pregunta, Fr. José. Donde ha de ser? Aquí en casa.

-Ignacio, te conjuro en el nombre del Altísimo que no me engañes! Júrame por nuestra adorada y venerable madre, que no has salido de aquí en toda la noche.

-Te lo juro, hermano.

El religioso cayó de rodillas, y alzando los ojos al cielo exclamó sollozando: Gracias, Dios mío, gracias!

-Estás loco? inquirió Ignacio asombrado.

-Calla desgraciado! vístete al momento y sígueme.

Ignacio le obedeció maquinalmente: salieron ambos a la calle, y sin ser vistos de nadie, desaparecieron en el espeso monte que había a espaldas del hospital de S. Juan de Dios. Pocos momentos después de su salida, llamaron á la puerta de la casa los alguaciles, demandando entrada en nombre del rey y de la justicia.

Un horroroso asesinato se había descubierto aquella misma mañana. De la casa de Isabel se habían oído salir gritos dolorosos, implorando socorro. Acudieron los vecinos, y echando la puerta abajo habían entrado. Un triste espectáculo se presentó a su vista. Isabel atada de las manos, estaba sujeta á un hamaquero con un pañuelo en la boca, que la infeliz en su desesperación había logrado hacer pedazos con los dientes, no sin lastimarse los labios que los tenía lívidos y amoratados. Su infortunada madre yacía tendida en el suelo, un cadáver cocido a puñaladas. Prestárosela los auxilios necesarios en tales casos, y dieron parte á la justicia, que acudió inmediatamente, y procedió desde luego a hacer las averiguaciones y practicar las diligencias que exigía la gravedad del hecho.

Dirigiéronse a Isabel, primero que a nadie, para que declarase lo ocurrido. Esta apenas podía hablar, pues le acometían a cada rato paratismos terribles que la privaban de sentido. No obstante, de sus inconexas y cortadas respuestas, pudieron colegir que los asesinos se habían introducido por la puerta del patio, que eran dos, y estaban enmascarados; y que en el momento en que penetraron en el aposento donde dormían madre é hija, se arrojaron sobre la

primera, y la acabaron a puñaladas; a Isabel la amarraron luego, y despues se dirigieron al armario, extrajeron todo lo que contenía de valor, lo astillaron, y de las secreteras que encerraba sacaron el dinero que contenían, y se marcharon por donde vinieron.

Practicando esta y otras diligencias precisas y conducentes a la aclaración del hecho, se presentó en la casa un hombre vestido con decencia, que parecía haber llevado relaciones de amistad con la infeliz señora, según el aspecto lúgubre y acongojado que traía. Algunas expresiones á media voz que de cuando en cuando soltaba, llamaron la atención de los alcaldes y sus dependientes, e inmediatamente le citaron para un interrogatorio en el cuarto inmediato.

-Caballero, le dijeron, por sus acciones y palabras juzgamos que V. sospecha quien puede haber sido el fautor de ese cruel atentado. En primer lugar, tendrá V. la bondad de informarnos de su nombre y circunstancia?

-Señor Juez, yo me llamo D. Manuel Serralvo. Por lo que respecta á lo demás, los caballeros alguaciles aquí presentes no dudo me abonará, pues le soy muy conocido.

-Muy bien. Tiene V. la bondad de comunicarnos sus sospechas?

-Es de mi deber. Diré a W., señores: ahora noches, ya tarde cito, me retiraba a mi posada, y al embocar por esta calle, observé un hombre embozado, parado junto a la ventana de la calle de esta casa. Hice alto a una distancia, sospechando de que aquel hombre estuviese

allí tal vez con malos fines, y para dar la alarma oportunamente en caso necesario; más luego oí que conversaba con alguna persona situada de la parte interior, quien, por el eco de la voz, juzgué sería Da. Isabelita, la hija de la desgraciada y apreciable señora que tan desastroso fin ha tenido. Satisfecho con esto, díles las buenas noche al pasar, y continué mi camino.

Hasta aquí no veos nada que pueda conducir al descubrimiento del criminal.

-Es verdad, así es; pero mi conciencia me fuerza a participar á W. las palabras que alcancé a oír, y que manifiesto con mucha repugnación, pues acaso podrán envolver en la desgracia, y, lo que es más lamentable, en la deshonra, al hijo de una señora respetable, y hermano de un virtuoso sacerdote.

En seguida refirió la conversación nocturna que habían tenido los dos amantes, que nuestros lectores deben recordar, espaciándose en todos aquellos pormenores que mas podían inducir a acriminar a Ignacio. Desgraciadamente la misma Isabel, sin saber lo que se decía, confirmó y dio más fuerza a la declaración de Serralvo. En consecuencia se mandó prender al Jóven Laríos; pero Fr. José había recibido oportuno aviso de lo que pasaba, y como hemos visto había logrado sustraer su hermano de la garra de los Alguaciles. Obrando así el religioso solo trató de evita a su anciana madre el inesperado y cruel golpe de ver prender a su hijo en presencia acusado de un crimen tan horrible. Confiaba además en la inocencia de su Ignacio, a quien más que hermano miraba como hijo, resistiéndose su corazón

a creerle criminal.

Los alguaciles registraron la casa, y satisfechos de la inutilidad de sus pesquisas, se retiraron teniendo, cosa rara! la delicadeza de no informar a la Sra. de Laríos del objeto de su inesperada visita y las causas que la habían motivado. La buena señora tuvo que conformarse con las respuestas vagas y evasivas que dieron a sus multiplicadas preguntas.

## IV

Dos años pasaron. Ignacio de Laríos había sido sentenciado en rebeldía a muerte. La desgraciada Isabel había defendido con ardor la inocencia de su amante, y se había recogido, a instancias de Fr. José, al lado de la Sra. de Laríos. La suerte del malogrado joven traía distraído a su hermano. Desde que se había separado de él, embarcándolo ocultamente a bordo de un bergantín que dio la vela para la Habana, no había tenido ninguna noticia, ni de él ni del buque. Alimentaba, sin embargo, una vaga pero dulce esperanza en el fondo del corazón, de que le volvería a ver, y que su inocencia sería reconocida, y purificado su nombre de la infame tacha de asesino.

Una tarde se paseaba en su celda sumergido en semejantes pensamientos, y hablando consigo mismo.

-Tengo confianza en tu justicia, mi Dios, exclamaba, y esperaré resignado... Es singular! prosiguió diciendo. Este hombre que

oficiosamente se presenta para que le llamen á declarar; las noticias que me ha dado Isabel, presentándomelo como rival de Ignacio, el celo con que so pretesto de buscar mi amistad, vigila mis pasos... Es singular.

Continuó paseándose, profundamente embebido en sus ideas, sin atender a los repetidos golpecitos que daban a la puerta de la celda, hasta que al fin se abrió ésta, y entró el objeto mismo de sus cavilaciones, D. Manuel Serralvo.

-Perdonará V. P., dijo saludando respetuosamente al religioso, la libertad que me tomé. Hace largo tiempo que toco a la puerta, y como V. P. no ha contestado a mis llamados, creí que no los hubiese oído, y que estando la puerta abierta podría pasar adelante.

-Estoy para serviros.

-Tendrá V. P. la bondad de oirme un momento en el confesionario?

-Ahora mismo, si gustais.

Encamináronse juntos a la capilla anexa al hospital, erigida en el año de 1626 bajo la advocacion de Ntra. Sra. de los Remedios, y ocupaba el mismo sitio que la actual iglesia de S. Juan de Dios, edificada como cien años despues. Una lámpara solitaria ardía ante el sagrado tabernáculo, y confundía sus débiles destellos con los lánguidos y escasos rayos del crepúsculo que precede inmediatamente a la noche. Un profundo y religioso silencio reinaba en el templo,

cuando el sacerdote ocupó su puesto después de una breve oración, y el penitente se arrodilló a su lado, solos en la presencia del Señor. D. Manuel Serralvo, en muchos años, era la primera vez que acudía a deponer sus culpas ante el santo tribunal. La narración de los crímenes que había cometido el desgraciado, era espantosa. El virtuoso sacerdote le escuchaba sorprendido, y apenas hubiera creído a una criatura humana capaz de tantas maldades. Empezaba a amonestarle, a aconsejarle, cuando le interrumpió el penitente: aún con voz convulsiva, que el terror hacía casi imperceptible, confesó que sus manos se habían manchado en la sangre del inocente. Arrojó al sacerdote que le escuchaba anonado, una mirada llena de agonía; levantó hacia él sus trémulas manos entrelazadas en ademán suplicatorio; y con voz ahogada exclamó: Acusé intencionalmente a vuestro hermano... yo soy el asesino.

Una sensación cruel y dolorosa se apoderó del alma de Fr. José. Hizo un gran esfuerzo por levantarse y hablar, y cayó sin sentido en el confesionario. Cuando se recobró, un sudor frío le bañaba el rostro, y amargas lágrimas brotaban de sus ojos. El asesino le sostenía en sus brazos lívido y aterrorizado, implorando su silencio.

-No temas por tu vida, miserable: exclamó el sacerdote. Me has revelado tu crimen en el santo tribunal de la penitencia, bajo el sagrado sigilo de una confesión. Estás seguro: ahora retírate: espera fuera hasta que yo te llame.

Se dirigió al altar, se postró ante la presencia de Dios y oró. La posición en que se hallaba, era demasiado terrible para un débil

mortal. Oró: rogaba al Señor le inspirase la fortaleza necesaria para llenar cumplidamente su santo ministerio. Le escuchó. Se levantó de la oración con la resignación humilde de virtuoso, brillando tranquila en sus ojos. Llamó al criminal otra vez al confesionario, le exhortó fervorosamente á la enmienda, al arrepentimiento de sus crímenes, y le impuso la penitencia que la caridad cristiana y su conciencia le dictaron, como hubiera hecho con un penitente cualquiera.

D. Manuel Serralvo, desde entonces, se confesaba a menudo con Fr. José, cuyo corazón latía adolorido cada vez que miraba al asesino; y mucho más sospechando que el temor y la astucia le sugerían aquella conducta. Efectivamente, Serralvo, desesperado, frustrados sus planes respecto de Isabel, y temeroso de las infatigables y continuas pesquisas del religioso por descubrir al verdadero malhechor, y conociendo el carácter del virtuoso sacerdote, so pretexto de una confesión le había revelado su crimen, satisfecho que de este modo le ataría las manos, y le impondría la dura, pero sagrada obligación, de suspender todo paso y diligencia que tendiese a la averiguación del hecho.

## V

Los aventureros europeos se habían aumentado tan considerablemente en las Antillas, que los españoles ocupados en la consecución y pacificación de sus conquistas en el gran continente americano, les habían abandonado las cosas del N. y N. O. de la Isla de Sto. Domingo

y la Tortuga, isleta situada a una distancia de dos leguas sobre la misma costa, en la que habían formado sus grandes depósitos, y convertido en el *rendez vous* general de todos lo que asolaban aquellos mares, coligados contra los españoles a quienes reputaban por el enemigo común. La principal ocupación de esos aventureros consistía, en los primeros años de su establecimiento, en la caza y beneficio de la torada silvestre, de que abundaba Sto. Domingo. Después de salar la carne, la cortaban en tiras, y las ponían a ahumar, y las asaban sobre una elevada parrilla de madera que los franceses llamaban *boncan*; y de allí el nombre de bucaneros con que se les conocía, aunque ellos se nombraban los *Hermanos de la costa*, para significar la unión estrecha que los enlazaba. Se les distinguía de los filibusteros, nombre que generalmente se cree sea una corrupción del inglés *freebooter*, que se empleaban en las excursiones y depredaciones marítimas; aunque es de suponer que la caza y el crucero eran ejercicios comunes a ambos, y lo comprueba la costumbre de llamarlos indistintamente, ya bucaneros, ya filibusteros.

Apenas un puñado de audaces aventureros en su nacimiento, formaban en el siglo XVII numerosas y formidables huestes, terror de las naves españolas en el Nuevo-Mundo. Valientes y arrojados, ningún peligro les arredraba; ni conocían más patria que la mar, más patrimonio que su valor, ni mas goces que la victoria. Ajenos de los horrores y ovaciones que lisonjeaban a un vencedor y le estimulan á nuevas empresas, no les excitaba más que el botín y los sentimientos de venganza que los animaban contra los españoles. Crueles generalmente, eran no obstante susceptibles de generosidad, y se

distinguían, sobre todo, por su lealtad para con sus camaradas, y por la ciega obediencia que prestaban al que una vez eligieran por jefe. Aunque sus bajeles cruzaban en todas direcciones, y apenas había un buque español que navegase fuera de convoy; como desde el año de 1659 en que saquearon Campeche, no se había vuelto a aparecer sobre las costas de Yucatan, el capitán del bergantín en que se embarcó Ignacio huyendo de las funestas consecuencias que podía acarrearle la falsa acusación de D. Manuel Serralvo, consideraba la navegación que emprendía como comparativamente libre y segura.

Sería el mes de noviembre. La noche estaba nublada y sombría. El viento soplaba del sudeste, tan flojo que apenas inflaba las velas que se azotaban pesadamente sobre los mástiles, produciendo un crugido monótono y descompasado. Ignacio, que hacía servicio a bordo de tercer piloto agregado, estaba de guardia parado junto al timonel, y ya miraba ansioso hacia barlovento, ya dirigía descontento la vista al velámen del buque, cuando se le aproximó el tío Lope, viejo marinero de mucha experiencia, y le dijo al oído.- No sería malo que llamase V. al capitán.

-Para qué incomodarle sin necesidad?

-He oído un cañonazo. Puede ser un crucero del rey, y también puede ser un pirata.

-Cañonazo? V. está soñando, tío Lope!

-Será; pero creo de mi deber dar parte de todo aún de lo que sueño,

cuando estoy de guardia, al oficial de cuarto. Ahora V. hará lo que le parezca, que yo he cumplido.

El viejo marinero se separó de Ignacio, quien después de algunos instantes pasados en reflexionar sobre lo que se le había comunicado, resolvió avisar inmediatamente al capitán. En dos brincos se puso en la cámara, despertóle, y le dio parte de lo ocurrido. Ambos montaron sobre cubierta, y escudriñaron con la vista el horizonte.

-No veo nada, exclamó el capitán, continuó en voz alta: un hombre al tope ahora mismo. No ves nada? gritó al marinero nombrado, á quien bastó un momento para trepar hasta el punto señalado: no oyes nada?

-Nada, capitán, nada.

-Sin embargo, interpuso el tío Lope, apostaríala soldada de un mes contra un puñado de galletas, que he oído un cañonazo.

-A qué distancia? demandó el capitán.

-Si mi oído no me engaña, pueden haber sus tres millas.

-Estás seguro, viejo Lope?

-Seguro, capitán.

Lope era el oráculo de abordo: así es que el capitán juzgó prudente mandar cargar las velas, y seguir navegando a palo seco

con la corriente. Dio las disposiciones necesarias para el caso de una sorpresa, y ordenó que toda la tripulación se armase. Después de aprestar las dos piezas de corto calibre que montaba el buque, y ocupar cada uno el puesto que se le demarcó, reinó un completo silencio. El viejo Lope fue el primero a interrumpirle, exclamando con voz sonora:

Vela!

-Por dónde?

-Por la mura de estribor.

--Tu que tienes un ojo práctico, Lope, sube á observar.

El más profundo silencio volvió a reinar en la embarcación, mientras el experimentado y suspicaz marinero cumplía con la orden que se le había dado. Después de un largo rato bajó y manifestó que la vela que se veía hacía rumbo sobre ellos.

-Y creo, continuó en tono firme y tranquilo, que es un pirata.

-Pirata? Repuso vivamente el capitán. Pues no hay tiempo que perder, es preciso huir, y aprovechar el viento que empieza a refrescar. Larga...

-Qué vais a hacer? Interrumpió el tío Lope. Si hasta ahora no nos han visto, a la vela nos descubrirían al momento. Es de necesidad continuar a palo seco: es el único modo de escapar desapercibidos.

El capitán conoció la exactitud de esta observación, y obró en consecuencia. Mandó apagar la lámpara de bitácora, y prohibió expresamente, bajo las más severas penas, encender luz de ninguna clase, y hasta fumar. Llamó luego a la tripulación, y la impuso de la posición crítica que guardaba el buque, y del peligro que les amenazaba.

-La única esperanza que nos queda, les dijo, es no ser vistos. Si desgraciadamente nos sale fallida, no tengo que decirles que entonces es preciso pelear hasta el último momento, hasta morir como bravos y buenos marinos españoles, antes de caer en manos de los enemigos de nuestro Dios y nuestro rey. Ánimo y ocupemos cada uno nuestro puesto.

Apenas había acabado de hablar, se iluminó súbitamente el horizonte, y en el mismo retumbó el aire con el estampido de una pieza de artillería.

-Dios y el señor de San Román nos valgan! Exclamaron todos a una voz. Nos han descubierto!

Al momento izaron vela, y echaron a huir seguidos del buque pirata, que visiblemente les daba alcance.

-Listos muchachos, listos! Exclamó el capitán con voz arrogante. No hay que temer, que aunque pocos, somos españoles...ya los tenemos encima. Ahora es tiempo. fuego!... la maldición de Dios caiga sobre el que se rinda! añadió luego con acento firme y resuelto.

El pirata se aferró con el bergantín, y de sus aparejos y entrepuentes lanzó sobre la cubierta del buque español una multitud de hombres feroces. La corta tripulación del denonado bergantín resistió con serenidad el primer impulso del enemigo. Aquellos bravos marineros parecían multiplicarse, a medida que se acrecentaba el peligro. Se les veía luchar con bizarría uno por diez, y no soltar el acero de las manos hasta exhalar el último aliento. El estrépito de las armas, los gritos de los combatientes, el crujido de los bajeles, cuando se chocaban uno con otro, los mástiles que se bamboleaban rechinando sobre su base, el viento que silbaba por entre las vergas y aparejos y ya henchía pesadamente las velas, ya las azotaba con fuerza sobre los masteleros, los arroyos de sangre que se despedían de la cubierta y caían al mar enrojeciendo las espumosas crestas de las olas que mugían en derredor del combate...! Cesó; y dueños los filibusteros del buque, solo habían hecho prisioneros exánimes heridos.

## VI

Hacia una bellísima tarde, cual solo se mira entre los trópicos, donde la naturaleza se ostenta tan grandiosa, entre los trópicos, donde se desarrolla en toda su hermosura, se embellece con todas sus galas, y se presenta a la enajenada vista del hombre en proporciones tan magníficas, tan gigantescas. El sol se ponía, "besaba la faz de las aguas".

Inmensos grupos de nubes le rodeaban, formando como un dosel ornado de fantásticos festones, revestidos de los brillantes colores del prisma, y coronado de ligeros celajes de color de oro, que venían a morir gradualmente y confundirse en el tinte azulado del cielo. Un tenue vientecillo rizaba el mar, y producía un leve murmullo en sus tranquilas aguas, que en suaves ondulaciones bañaban la playa.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, había allí un joven que miraba arrobado tan bella escena.

-Qué hermosa es la naturaleza! Exclamó. Que de veces en las plácidas playas de mi patria amada, la he contemplado, como ahora, iluminada por los últimos destellos del sol! Pero entonces era feliz al lado de una adorada madre, de un hermano querido, de mi Isabel...!Ahora, no soy más que un miserable proscrito, un infeliz prisionero!

Dejó caer tristemente la cabeza sobre el pecho, y con paso lento se encaminó hacia una población cercana, situada sobre la misma ribera. Era una de las poblaciones *bucaneras* de la costa septentrional de Sto Domingo. Allí habían desembarcado a Ignacio Larios después de haberlo hecho prisionero, para que acabara de restablecerse de las graves heridas que había recibido en el combate la azarosa noche en que los filibusteros apresaron el bergantín que le conducía fugitivo. Las consideraciones con que le trataron eran debidas a la franca protección que le dispensaba el capitán filibustero Lewis Scott, que se había compadecido de su juventud, y prendado completamente de su valeroso comportamiento a bordo del bergantín. La persona con quien se topó, fue su protector, quien al verlo corrió hacia él, y le dijo

alborozado:

-Ignacio, te traigo nuevas de tu tierra. Creo que te causarán una impresión dolorosa dolorosa; pero al fin te serenarás, y seremos amigos, seremos hermanos.

Ignacio recogió con avidez una carta abierta que Scott le entregara. Era de Fr José, dirigida a la Habana donde suponía que estaba, en la que le participaba, recomendándole se ausentase de los dominios españoles por algún tiempo, la cruel sentencia que habían fulminado contra él.

-A muerte? Exclamó con acento adolorido, después de leerla. No puede ser!- y luego encarándose con su protector, le dijo con ojos centellantes.- Filibustero, mientes! Esta es una astucia de que te quieres valer, para excitar en mi corazón sentimientos de venganza y de despecho. Mientes, pirata! Esta carta es apócrifa.

-Ignacio, te ciega la pasión y me calumnias. Dime: sabía yo acaso, ni jamás te he preguntado de tu familia? me has comunicado alguna vez de los acontecimientos de tu vida? que indicios, que sospechas podían haberme revelado las circunstancias que te rodeaban, y te forzaron a abandonar tu patria? Es verdad que he procurado, qué digo? he anhelado contar en el número de mis bravos camaradas; pero he usado de medios leales, no de supercherías indignas de hombres valientes como tu y como yo. Esa carta ha venido a mis manos por medio de un agente de la Habana, que en ninguna parte nos faltan amigos. Ahí la tienes: léela con atención, y reflexiona con calma en

la situación en que te coloca la injusticia de tus compatriotas. Qué tu no eres un cobarde asesino, lo juraría! Los valientes nunca manchan su acero con la sangre de una infeliz anciana! exclamó el filibustero con orgullo.

-Te dejo ahora. Mañana antes de hacerme a la vela te volveré a ver. Calma y resolución! Hasta mañana.

-No; esperad! replicó vivamente Ignacio. Que recurso me queda ya? Proscrito, mi nombre manchado injustamente con un vil crimen, vilipendiado, escarnecido, sentenciado a morir en un aflutoso cadahalso...! No, nunca...! Guerra a muerte á los miserables que infaman al inocente y oprimen al desgraciado! Lewis Scott, os empeño mi palabra; ahí teneis mi mano. Ya no soy el asesino Ignacio de Laríos: soy un filibustero, un pirata: me importa? Capitán Scott, soy vuestro.

Desde entonces acompañó Ignacio a Lewis en todas sus empresas y excursiones, y concurrió con los demás filibusteros el ataque y saqueo de las poblaciones de Costa-firme y Venezuela. Su resolución y el respeto de Michel le Basque, Willis, L'Olonnais y los principales filibusteros de aquella época.

Los años pasaron, é Ignacio no perdía la esperanza de volver al lado de su familia y de su amada Isabel, cuyos recuerdos le seguían por todas partes, y acaparaban muchos momentos de su agitada y tumultuosa vida. En el año de 1678 concibió Scott el proyecto de sorprender y saquear a Campeche. Naturalmente se dirigió a Ignacio, y despues de hablar sobre la empresa, acordaron ambos las medidas que juzgaron

más conducentes á su feliz éxito. A Ignacio en aquellos momentos no le animaba más que el deseo de saber de lo que más quería sobre la tierra; y aún esperaba, presentía su corazón, que la suerte que tanto le había perseguido, se cambiaría en propicia. Lleno de estas ideas, tomó el mando de una de las embarcaciones expedicionarias, y se hizo á la vela de antemano, con el objeto de explorar la costa y adquirir informes respecto del estado que guardaba la villa. Ya próximo a Campeche, calculó su navegación de tal modo, que recaló a primera noche sobre la costa de barlovento, a corta distancia del puerto. Dio sus órdenes á la tripulación, y se embarcó en un ligero esquife, que le condujo prontamente á tierra. Allí previno á la gente que lo marinaba no se apartasen del sitio que les designó. Después se encaminó á la población, donde penetró sin novedad, acompañado de un camarada de toda su confianza.

## VII

Diez y seis años transcurrieron sin que la familia de Laríos tuviera noticia de la suerte que hubiese corrido Ignacio. Ya iban perdiendo la esperanza que los había alimentado hasta entonces, y aun el mismo Fr. José desesperaba, aunque delante de su madre se expresaba con la más grande confianza en un porvenir dichoso.

-Madre mía, no os aflijais, la decía. Un presentimiento de felicidad próxima me anima. No perdamos la esperanza, querida señora: confiemos en Dios! El nos lo volverá purificado ante los ojos del

Se dirigió luego á la ventana y acechó.

-No es más que una mujer, dijo cerrando. Quien va? preguntó en alta voz.

-Abridme, abridme, por Dios! contestaron de fuera.

-Quien sois?

-No temais, replicó la misma voz. Soy un pobre mujer. En nombre de Dios, abridme!.

-Retiraos á aquel cuarto con vuestro compañero, hermano. Es sin duda alguna desgraciada que viene á implorar nuestro auxilio, ó los socorros de la religión. Retiraos, y también vos, madre mía, y vos también Isabel.

Se encaminó luego á la puerta, y diola entrada. El aspecto de aquella mujer produjo una sensación dolorosa en el alma del religioso. La miseria y la desesperación reinaba en sus facciones, y sus desaliñados cabellos descendían en mechones sobre sus mejillas, pálidas como el color de la muerte.

-Vos no me conocéis? exclamó con acento adolorido y tembloroso. Tanto mejor! soy la mujer de un moribundo, que viene á suplicaros ayudeis en la hora postrera á un miserable pecador. Os he ido á buscar al hospital, y me han dirigido aquí.

-Sentaos: reposad un instante. Pareceis fatigada: sentaos.

-No, padre, no. Venid: os lo pido de rodillas. Tened piedad de mí! Tenedla de mi desgraciado marido que se muere sin veros! Es preciso que le veais. El lo pide, él os lo ruega. Venid, padre, venid. Ahora mismo, al punto.

La exaltación con que se expresaba la desconocida, dio á sospechar á Fr. José que sufría tal vez los accesos de una enajenación mental.

-Calmaos, señora, la dijo en tono tranquilo y sosegado. Todos somos pecadores; pero la misericordia de Dios es infinita!

-Rehusais venir? Os negais á prestar á un moribundo los auxilios de la religión? Bien: me retiro. Le diré que no quereis oirle.

-Pero, quién sois vos? quien os envía?

-Mi nombre es Gertrudis: el que me envía es mi marido Manuel Serralvo.

-Esperad, mujer. Ahora mismo os seguiré.

Se dirigió luego al aposento á donde se había retirado su familia: con palabras precipitadas suplicó á su hermano le aguardase hasta su vuelta, y salió al momento en pos de Gertrudis.

La noche estaba oscura y lloviznosa, y con dificultad acertaba á seguir á la mujer de Serralvo, que se había apartado de la calle real que conducía á S. Francisco de Campeche, y le guiaba por veredas

cubiertas de lodo y piedra que le llevaron al cabo á una casita solitaria. Entró en un rincón de la cabaña yacía postrado un hombre. Se acercó el religioso. Apenas pudo reconocer en aquel desgraciado, agitado por los remordimientos y extenuado por el dolor y la miseria, al hombre que había causado tantos males á su familia.

-Sois vos, Serralvo? preguntó conmovido.

-Si, padre mío, yo soy ese infeliz, ese miserable asesino, contestó el moribundo con voz apagada. Tened compasión de mí! He sufrido mucho! Todavía en esta tremenda hora, la postrera de vida, cuando considero mis crímenes, ahora que veo las puertas de la eternidad abiertas delante de mis ojos, ahora que voy á dar cuenta á Dios de una vida corrompida y licenciosa, sufro mucho más. Tiemblo, padre mío, tiemblo!

-Confiad en el Señor! su bondad es infinita! Nunca es tarde el arrepentimiento si es sincero. Que esta dulce esperanza os anime.

-Ah! no sabeis cuan enormes son mis maldades... Habeis visto á Gertrudis, padre mío? A esa desgraciada que os ha guiado hasta aquí? Envenené á su tío, mi compañero en iniquidad, para despojarle de su dinero; dinero comprado con sangre... vos sabeis esa terrible historia... A ella la seduje, la engañé. La he sumergido en la miseria, en la infamia...siento un peso aquí... en el corazón... Me ahoga... me ahoga...

Fr. José le hizo tomar unas gotas confortantes que le reanimaron

algo.

-Esperad, esperad, continuó con voz desfallecida. Ha ido por un escribano y testigos... La hora de la reparación ha llegado. Dios es justo!... Orad entretanto, padre mío. Rogadle por mí! Yo no puedo... no acierto!... No me oiría!

El sacerdote se postró en ademán humilde, y elevó sus preces al Altísimo. Las lágrimas le corrían por sus mejillas, cuando exclamó lleno de fervor:- Apiadaos de él, Dios mío! Perdonadle, Señor!

Se abrió la puerta y entró el escribano acompañado de Gertrudis y los testigos. Inmediatamente formuló la declaración que ponía en claro la inocencia de Ignacio de Laríos, y restituyéndole su nombre puro y sin mancha, salvaba á una respetable familia del deshonor y la desgracia en que tantos años había gemido.

Serralvo pareció más sosegado despues de haber hecho su declaración. Rodeáosle los presentes, prestándole los consuelos que demandaban su triste situación... De repente se contrajeron sus miembros en agonía, hizo un esfuerzo por hablar, y sus trémulos labios solo acertaron á murmurar algunas palabras ininteligibles... Reinaba en la cabaña un lúgubre y profundo silencio, el silencio de la muerte! Manuel Serralvo había cesado de existir.

## VIII

La noche continuaba tempestuosa. La Sra. de Laríos se inquietaba por la prolongada ausencia de su hijo. Ignacio comenzaba á participar de la misma inquietud, pues la media noche, hora en que debía necesariamente partir, se aproximaba, y Fr. José no parecía. Este caminaba entretanto con paso apresurado, temeroso de no encontrar á su hermano á su regreso. Entró en la casa llamándole, y luego que le vio corrió á abrazarle exclamando lleno de regocijo: -Estás salvado, hermano mío! Toma, lee: estás salvado! -Ignacio tomó el papel, la declaración de D. Manuel Serralvo, leyóle con precipitación, y en seguida cayó á los pies de su hermano, besándole respetuoso la mano. El religioso la retiró prontamente, y le atrajo á sus brazos.

-Qué haces, Ignacio? le dijo enternecido. No soy tu querido hermano? Tu lugar es aquí, contra mi corazón.

-Si; pero yo he tributado un homenaje á la virtud. No me he arrodillado á un hermano: me he inclinado, ante el ministro de Dios. Venid, madre mía, venid, Isabel: continuó entusiasmado, enseñando el pliego que tenía en la mano. Mirad! Allí vereis á un heroico á un heroico sacerdote que durante diez y seis años, diez y seis años, lo ois, madre mía? ha guardado clavado en su corazón un puñal que le destrozaba. Ha sufrido resignado, y cuanto habrá sido, hermano mío! Hace diez y seis años, madre mía, prosiguió Ignacio, que un pecador se arrodilló ante un sacerdote en el tribunal de la penitencia. Bajo el sagrado sigilo de una confesión revelóle un crimen, atroz, un crimen que cubría

de infamia y de baldón á una adorada madre, á un hermano, á él mismo. Una palabra, una sola palabra, hubiera salvado la reputacion de su hermano, y restituido la felicidad y el buen nombre de su familia, que un vil asesino empañaba con una acusación deshonorosa. No lo ha hecho, no. Ha cumplido heroicamente con su santo ministerio. Ha callado, y ha sufrido! Aún más: el infame que tanta desgracia acarreará, ha estado constantemente á su vista, martirizando con su horrible presencia su lacerado corazón. Y callaba! Y sufría! Ese vil asesino, ese desgraciado, ahora un frío cadáver, es Manuel Serralvo. El virtuoso sacerdote es... Ahí le tenéis! Es vuestro hijo, madre mía!

Es fácil de suponer la tierna escena que se seguiría á esta declaración. Aquella desgraciada familia que tantos años había vivido triste y abatida, exhaló en lágrimas de placer el júbilo que en aquel momento la enajenaba el corazón. Un sentimiento sin embargo turbaba su dicha. Ignacio iba á partir de nuevo, iban á perderlo otra vez.

-No veo ahora la necesidad de que te separes de nosotros, decía Fr. José algún tanto recobrado de la profunda emoción que había hecho palpar su corazón. Mañana temprano yo mismo acudiré al tribunal, y mañana será proclamada públicamente tu inocencia. Creo que bien puedes pasar la noche en casa.

-No puedo! El hombre de honor es esclavo de su palabra, y la mía está empeñada, es preciso partir.

Cuantas reflexiones le hicieron, no lograron disuadir á Ignacio

de su determinación. Partió, dejando á todos en una completa ignorancia de su situación, pero con el consuelo de que pronto le tendrían en su seno y para siempre.

## IX

Dos días transcurrieron sin alteración alguna. Amanecía el tercero: el alba comenzaba á iluminar con su opaca claridad el horizonte, y las calles de Campeche á animarse con uno que otro madrugador que se dirigía á su trabajo, ó bien salía á gozar el fresco encantador de una preciosa mañana de mayo. Hacia el rumbo de S. Román, á corta distancia de tierra, vogaba un número de lanchas y embarcaciones menores. El murmullo de las oleadas que se azotaban morosa y pausadamente sobre los pedruzcos y arenales de la playa, casi ahogaba el ruido unísono y compasado del remo...

Piratas! Piratas! Exclamaba á grandes voces el tropel de gente que corría presuroso e los confines del barrio hacia la plaza de S. Román, en tanto que las sonoras campanitas de esta capilla tocaba á arrebató. Quienes se dirigían á guarecerse en las cuevas del cerro de la Eminencia; quienes acudían á ampararse de la iglesia parroquial ó de la de Jesús Nazareno; mientras otros se presentaban en los cuarteles de las dos compañías de milicias españolas, ó en el de la de pardos, á tomar las armas para defender la villa. El Capitán D. Francisco Talangos se puso á la cabeza de la tropa y paisanos armados, y dispuso que una parte ocupase las iglesias y azoteas elevadas de las

casas cercanas, dirigiéndose luego con otro trozo mandado por él mismo en persona, y sostenido por dos piezas de batalla, al encuentro de los forajidos invasores.

La noticia del desembarque de los filibusteros cundió con velocidad en la población, produciendo confusión y terror por todas partes, aumentado mucho mas por las descargas de mosquetería y la detonación de las piezas de artillería que se escuchaba sin intermisión. Fr. José, tan luego como se cercioró de la verdad de este funesto acontecimiento, tomó todas las medidas y precauciones que en casos semejantes dicta la prudencia, para poner á su familia al abrigo de cualquier contratiempo que pudiese sobrevenir. Aunque su madre y él mismo opinaban por acogerse á la iglesia parroquial, que consideraban como el punto más seguro y que prestaba más protección, tuvo Fr. José que confiarlas á la dirección de un hombre de toda su satisfacción, que prometió guiarlas á un lugar remoto y apartado de la villa, pues los filibusteros ya habían hecho replegar á Talangos, y reducido á los campechanos á las baterías de la Fuerza y S. Román, las iglesias y alturas vecinas, y la plaza mayor, donde en aquel momento se trababa una reñida lucha. Scott, comandante y jefe de la expedición, ocupaba con sus fuerzas las avenidas principales y las calles que conducían á estos puntos, y la mayor parte de la población que podía reputarse por suya, pues yacía indefensa. Pequeñas partidas se habían desprendido del cuerpo principal de los filibusteros, y la recorrían cometiendo depredaciones y excesos de todas clases. No se habían apartado lejos de su morada la Sra. de Laríos é Isabel, en camino para el lugar de seguridad á donde las

conducían, cuando inesperadamente enfrentaron con una partida de hombres armados, de feroz aspecto y brusca catadura. Luego que las vieron las rodearon, y en mal castellano empezaron á abrumarlas á preguntas, y á tratarlas con modales descomedidos é insolentes. Isabel, como escondiéndose y huyendo de sus miradas, lascivas, se acogió del brazo de la Sra. de Laríos, que se interpuso entre ella y el más osado, diciéndole con dignidad y entereza: -si eres cristiano, debes respetar el recato y honor de esta doncella!

-Dam it, old lady! repuso el filibustero riendo. Has calculado el mejor modo de guardar á esa muchacha. Que me tronche una bala de cañón el garguelo, si no prefiero dejar de beber rom por todo un año, mejor quedar al abordaje á esa linda goleta que tienes acoderada á la popa, si antes he de abordarte á ti, viejo fragatón cascado!

-Peters, rezongó otro filibustero, que te antes en parlevous con esa estantigua!- y con mano brutal separó á la Sra. de Laríos del lado de Isabel, y quien sabe que tropelías hubieran cometido con ellas aquellos desalmados, si afortunadamente no se les hubiera presentado un defensor en tiempo tan oportuno.

-Move off, gritó una voz terrible en tono imperioso.

-El Capitán! exclamaron los filibusteros, y se hicieron respetuoso á un lado.

-Señoras, exclamó el recién venido con un acento que la Sra. de Laríos é Isabel no acertaban á reconocer en su terror, bien que su salvador

parecía resguardarse de ellas, y con la cachucha de piel de oso calada hasta los ojos, con la cara empolvada y ennegrecida por la pólvora y con aquel traje, no era muy fácil reconocerle.

-Señoras, tranquilizaos, prosiguió, pues estais bajo mi salvaguardia y protección.

Ordenó en seguida á los filibusteros que le prestaban una ciega obediencia y se retirasen; y él se encaminó con la familia de Laríos conduciéndola hasta dejarla en su casa. Las hizo entrar, calmándolas con protestas de amistad y de seguridad completa, y permaneció en el umbral de la puerta, no obstante las repetidas instancias que le hacía la agradecida familia para que pasase adelante á descansar. Continuó parado en el mismo lugar, prestando toda su atención á los tiros que se escuchaban de cuando en cuando, pero que insensiblemente iban minorando y alejándose.

-Se retiran! exclamó hablando consigo mismo. Yo cómo haré? no puedo permanecer aquí más tiempo sin riesgo y... me descubriré en este traje y con estos sangrientos atavíos?... ha calmado todo! Nada se oye...! Se han retirado, continuó, y es preciso que yo tome una determinación. Quedó pensativo por algunos minutos, y luego se entró decididamente en la casa cerrando la puerta tras de sí. La Sra. de Laríos é Isabel se sobresaltaron con su subitánea acción, y mucho más cuando se les paró enfrente, y con los brazos cruzados comenzó á mirarlas con atención.

-Señor capitán, exclamó la primera atemorizada, no abuse V. de nuestra

angustiada situación. Somos unas pobres mujeres indefensas, y nos ha prometido V., además, su protección.

-Es posible madre mía? tanto he cambiado en tres días que ni V. ni Isabel, Isabel me han reconocido.

-Cómo? Tú eres Ignacio? repuso la madre conmovida y al mismo tiempo con dolor: mi Ignacio un capitán de piratas? No! No puede ser!

-Me rechaza V.? desconoce V. á su hijo? Y tu tambien Isabel? Tu... se dejó caer en una silla, y ocultó el rostro entre las manos, que empapaban sus lágrimas. Isabel apenas acertaba á respirar, y con ojos deshechos en llanto, miraba con inquietud ya á la madre, ya al hijo. La Sra. de Laríos, inclinada la cabeza sobre el pecho, se entregaba al dolor que le oprimía el corazón. Esforzábese en persuadirse que lo que había oido era un sueño; no lo había oido era un sueño: no lo había oido, no podía ser que su hijo querido, su adorado Ignacio, fuese un capitán de bandidos, de piratas feroces. Luchaban sus sentimientos de religión y honor en que la habían educado con el amor entrañable de una madre. La lucha fue larga, cruel, dolorosa; pero triunfó el amor maternal. Se olvidó de todo, y no vio más que á su hijo, su desgraciado Ignacio que tanto, tanto había sufrido. Se levantó con pasos trémulos por la edad y las emociones que agitaban entonces su pecho, cayó sobre su hijo pronunciando enternecida su nombre. Ignacio se postró á sus pies regándolos con sus lágrimas. Adorada y virtuosa madre, perdonadme! Perdonad á vuestro hijo! La ley de la necesidad es muy dura, y más dura aún la injusticia con que me trataron!

La Sra. de Laríos levantólo del suelo y lo llevó á sus brazos. Fr. José, avisado por el guía de lo que había ocurrido, entró en la casa de su madre, y se quedó sorprendido de lo que miraba.

-No os asombres, Fr. José exclamó Isabel: es Ignacio.

-Ignacio? pues como, si se me había dicho que un capitán de piratas...?

-Es verdad, interpuso Ignacio agitado y tomando la mano á su hermano, es verdad; pero no me condenes antes de oirme.

Refirió los acontecimientos de su vida aventurera y las causas y sentimientos que le movieron á adoptar la carrera que había seguido, explicando á su hermano los reglamentos y costumbres ordinarias de la asociación á que había pertenecido, á cuyos miembros calificaban generalmente de piratas y asesinos feroces. Su atrevido valor, su arrojo impetuoso, su generoso desprendimiento y otras nobles cualidades que poseían, como que recompensaban y hacían desaparecer sus vicios y sus fechorías. Había momentos en que Fr. José, que no estaba exento de las precauciones y del horror con que los españoles de aquella época miraban á los filibusteros, no podía menos de admirar las gloriosas y heroicas acciones que Ignacio le refería.

-Conformémonos con la voluntad del señor, exclamó al fin el religioso. El lo ha dispuesto así, y así nos convendrá! Ahora es preciso que te presentes al teniente de rey y á los jueces y les informes tu venida, y en los términos y el modo con que ha sido. Verdaderamente se le puede considerar como un prisionero que se ha aprovechado de la primera ocasión oportuna que se le ha presentado para volver á la

obediencia de su rey, y de la ley y religión santa en que nació. Todo lo demás está allanado desde el día posterior á tu inesperada visita de ahora tres noches.

Solo falta que añadir que la Sra. de Laríos vivió muchos al lado de su familia, feliz y complacida de las virtudes que la adornaban, y que ella había sabido inculcarles y hacerlas amables con su buen ejemplo. Fr. José fue elevado poco después á la dignidad de Prior del Convento de S. Juan de Dios de la Villa, y durante su larga vida jamás desmintió, jamás manchó la pureza santa y respetable de un verdadero ministro del Evangelio. Ignacio é Isabel lograron sus deseos, tanto tiempo frustrados, y Dios los bendijo con una familia numerosa que gozó siempre de la felicidad que él otorga á los buenos en este mundo.

*Adolfo Acarrea de Bollra*<sup>2</sup>

Campeche, enero de 1846.

---

<sup>2</sup> El Registro Yucateco. Periódico Literario redactado por una sociedad de amigos. t. 3, Mérida de Yucatán, Imprenta de Castillo y Compañía, 1846, pp. 121-147.

## EL ÁNIMA EN PENA

### I

*El cuarto encantado.*

**E**n tiempos de antaño hubo un encomendero que habitaba una hermosa finca de campo llamada *S. Pedro Chucuaxim*, herencia de sus antepasados, y del cual se conserva una que otra y exacta tradición sobre su vida corrompida y licenciosa. Se dice que una noche se presentó inesperadamente en su estancia un extranjero. Aparentemente le recibió con cordialidad, pero la mal disimulada expresión de despecho que se notaba en el orgulloso hidalgo. Indicaba que la visita no le era del todo agradable. No obstante, trató á su huésped con espléndida hospitalidad, haciéndoles servir una abundante cena en que lucían los manjares más exquisitos y los más ricos vinos traídos *ad hoc* desde Málaga y Jeréz. Luego que éstos empezaron á circular con demasiada libertad, comenzó el extranjero á explicarse en términos muy alarmantes para el encomendero, puesto que mandó salir a los criados al momento, no sin haber oído estos al extranjero decir al amo que en la bolsa de *sus calzones* depositaba documentos que acreditarían que él era el único que tenía derecho de dar órdenes

en aquella hacienda de campo y sus dependencias. Seguramente se calmó, pues á poco rato se les oyó conversar en un tono de voz moderado y natural. Se mantuvieron sentados á la mesa hasta muy tarde de la noche, y luego se retiraron á descansar á sus respectivos aposentos. El que se asignó al desconocido estaba situado en un recodo de la casa, y había sido el cuarto favorito del encomendero en vida de su padre. Lo había escogido para su aposento porque tenía una puerta y escalera excusada que comunicaba con la huerta y daba al campo. Por allí se escurría de noche, sin el conocimiento paterno, en busca de aventuras, ó para entregarse con más libertad á sus vicios en la más inmediata población, que era nada menos que Mérida capital de la provincia. La mañana siguiente advirtiendo que el extranjero no abría, no obstante ser ya casi el medio día, llamaron á la puerta. Cansados de ver que sus prolongados llamando eran atendidos, y temiendo le hubiese atacado algún accidente, previa orden del amo, desarrojaron los criados la puerta y entraron. El extranjero yacía tendido en la hamaca un yerto cadáver. No se notaba en el cuerpo ninguna señal de violencia; solo unas manchas lívidas pero opacas se distinguían sobre su pecho y rostro. Esta circunstancia dio lugar á que se sospechase que su muerte no había sido natural; y luego la precipitación con que se le hicieron los honores funerarios y se le dio sepultura, fortificó las sospechas, aunque el *físico* de Mérida, hombre de las confianzas del amo de la casa, atribuía su muerte á los excesos á que se había entregado en la mesa el difunto de la noche anterior.

Dos años pasaron. Hacía mucho tiempo que el viejo encomendero había descendido al sepulcro, el último vástago de su familia

según se creía, aunque existían vagos rumores sobre un hermano mayor que había desaparecido de la casa paterna, siendo aún muy joven, y á quien suponían entonces viviendo en alguna tierra extraña; mientras que otros conjeturaban que el extranjero misterioso no era otro que su mismo hermano. Como estas sospechas eran demasiado vagas, pronto se olvidaron y pasó la finca á la posesión de una rama colateral de la familia. Una circunstancia vino á revivir los antiguos rumores: es el caso que varios trabajadores empleados en hacer una excavación en la huerta, encontraron unos trapos viejos y roídos, que parecían haber formado parte de unos calzones. Los entregaron al que entonces era propietario de la hacienda, quien despues de examinarlos, en la única bolsa que restaba encontró unos papeles carcomidos que databan de una época remota. Los recogió, se los embolsó, y jamás se le oyó hacer mención de ellos. Este incidente no hubiera causado ninguna impresión, a no haber sido la tenaz memoria de una vieja que recordaba haber oido contar á su abuelo que aunque se registró cuidadosamente el aposento en que murió el extranjero, nunca pudieron encontrarse sus calzones, el supuesto depósito de los supuestos documentos.

Esta ocurrencia contribuyó a fomentar la creencia de que el alma del licencioso encomendero salía todas las noches del cuarto del recodo, ó el cuarto encantado como le llamaban entonces, y aún le llaman hoy, y se dirigía á la huerta por la puerta y escalera excusada; y que allí se entretenía en cavar la tierra, ocupado al parecer en buscar alguna cosa, y prorrumpiendo a cada momento en ayes lastimero.

Tal es la conseja del cuarto encantado, cual la refería la graciosa y vivaracha Carolina a su amartelado primo, el Joven teniente Carlos, paseándose de brazo en la huerta de la hacienda. Aquella mañana había llegado el joven militar á la hacienda de su tío materno, despues de muchos años, de ausencia pasados con su regimiento en las arenosas playas de Puerto-Rico defendiendo los derechos de la corona contra los corsarios ingleses. De su casa había salido un muchacho, y volvía hecho un hombre; y la impresión que causaran en su corazón los encantos de su prima favorita, permanecía indeleble aún despues de su ausencia tan larga. A ella, pues, había ido a ver antes que a su viuda madre, paliando su falta de afecto filial con la sofisticada reflexión de que estando la hacienda en el camino de Santa Clara en donde desembarcó á Mérida, parecía poco cariñoso pasar como si dijéramos por la puerta de la casa de unos parientes tan cercanos y tan queridos, sin entrar a saludarlos y permanecer con ellos unas cuantas horas, que se alargaron a unos cuantos días. ¡Halló á su tío y hermosas primas tan afectuosas, tan cariñosas! ¡Le instaban con tanto afán que prolongase su visita! La hermosa Carolina se lo suplicaba... vamos: no tuvo más remedio que acceder.

Como era el tiempo de la *jierra* estaba la hacienda llena de visitas. No quedaba mas cuarto desocupado en la casa que el cuarto encantado que fue asignado á Carlos, quien, por supuesto, ni creían en brujería, ni visitas de alma en pena que él calificaba de disparate y visiones de viejas.

## II

### *Los pantalones.*

-¡Es cosa muy singular!

¿Qué se habrá hecho de ellos? decía refunfuñando el teniente Carlos al levantarse la mañana siguiente, y registrando el aposento donde había dormido, el cuarto encantado donde se hospedó el extranjero misterioso. ¡Vaya que es cosa extraordinaria! Prosiguió. Si yo puedo comprender cómo se han desaparecido. ¿Remigio?, ¿Remigio? Carlos llamaba a su asistente. ¿Remigio? ¿Dónde están, y dónde estás tú?

Remigio no respondía, y el teniente que era una persona tan razonable cual puede esperarse de un joven de veinte y dos años y enamorado, reflexionó al momento que era imposible que le oyese su asistente que debía estar abajo: así es que se asomó a la ventana y le gritó de nuevo. Al rato se oyeron pasos y llamar luego a la puerta.

-¡Entra! gritó Carlos de mal humor; pero los repetidos empujones que recibía la puerta sin abrirse, rehicieron recordar que la había cerrado por dentro. Por vida de.....! Esto es cosa de volverse loco! exclamó al abrirla y admitir á su asistente.

-¿Remigio?

-Señor.

-¿Dónde están mis pantalones?

-Los pantalones de V., mi teniente?

-Sí, sí, mis pantalones. ¿Qué has hecho de ellos?

-¿Yo, señor? nada: no los he cogido. Acuérdense que los tenía puestos anoche cuando vino a recogerse. En el cuarto deben estar. Y sobre la marcha, se puso Remigio a buscarlos; pero sin ningún éxito. Los pantalones no parecían.

-¿Dónde estarán Remigio? Preguntaba muy pensativo el joven militar.

-¡Sepa Dios, mi teniente! contestaba el asistente.

-Será el alma del viejo encomendero que se los ha llevado:

Remigio aunque no carecía de superstición, no acertaba a concebir cómo solo por robar un par de pantalones viniera a este un alma del otro mundo, y así lo dio á entender.

-Pues, Remigio, no te quede duda, replicó Carlos. Yo mismo los puse sobre el espaldar de aquella silla cuando me acosté, y de veras: no te rías! vi al alma del viejo encomendero de la conseja que me contó Carolina ayer mañana entrar no se por dónde, dirigirse al asiento donde estaban, cogerlos, ponérselos y desaparecer al momento.

-Ese es algún sueño, o más bien una pesadilla, contestó Remigio.

-Sí, en efecto, puede ser; pero ¿dónde están mis pantalones?

Remigio se puso á registrar de nuevo, mientras el joven oficial

permanecía pensativo recostado sobre el espaldar que había ocupado los desaparecidos pantalones.

-No hay remedio, exclamó de repente. Esta es una travesura de mis primitas, que quieren divertirse un rato á mis costillas. Ahora recuerdo que instándome á permanecer más tiempo que los dos o tres días a que me ví obligado a prolongar mi visita, una de las razones que les di para no poder acceder a su cariñosa invitación, fue precisamente la escasez de ropa, pues que en mi maletilla de viaje no tenía más que dos pares de pantalones y mi pantalón de uniforme. Con este acontecimiento las picarillas quieren apurarme la dificultad y reirse y... Vamos, no hay que dudarlos, ellas son.

-¡Eso es, señor, eso es! Pero ahora que me acuerdo, mi teniente, la puerta estaba cerrada.

-Es verdad: sobre eso no puede haber duda, puesto que yo mismo la cerré. No se cómo...

¡Bah! ¿Qué no me hubiese ocurrido antes? Seguramente se colaron por la puerta excusada que da a la huerta.

Una sonrisa de satisfacción iluminaba las facciones de Carlos, cuando se dirigió á una pequeña y anticuada puerta, situada en un rincón del cuarto. Se aproximó y la examinó con atención. La sonrisa de satisfacción que pocos momentos antes animaba su fisonomía, desapareció. El pobre joven volvió á caer en el mismo estado de incertidumbre, pues la puerta tenía el cerrojo corrido por dentro.

-Por vida del...! exclamó al fin, saliendo de su arrobamiento. ¡Yo me voy a volver loco! Pienso, y miro, y conjeturo, y registro, y... vamos; que ni se lo que me digo, ni lo que hago, ni... sácame otro par de pantalones, Remigio.

### III

#### *La aparición.*

La misma escena se repitió á la mañana siguiente: los pantalones de Carlos se desaparecieron como los de la noche anterior. Se vio, pues, obligado á echar mano de los únicos que le quedaban, que, si bien recordamos, eran los de riguroso uniforme del cuerpo á que pertenecía. Su color gris hacía resaltar el encarnado encendido de la tira de casimir que cubría la costura exterior de la pierna, y formaba un extraño contraste con la levita de caza, color verde-botella, de anchos faldones y enormes carteras que Carlos se había puesto, a su entender para disimular tanto sus brillantes pantalones. La primera persona con quien se topó fue con la graciosa Carolina. Al ver la vestimenta de su primo, dio una carcajada la muchacha.

-¡Vaya, Carlos, que estás interesantes! exclamó. Tu pantalón guerrero le va perfectamente á tu levita de caza; tanto porque la caza es una especie de guerra, cuanto que así estás disfrazado de guacamayo. ¡Bonita idea! De ese modo no temerán tu proximidad los pavos del

monte y las codornices, pues te tomarán por un volátil, y mucho más al verte bípedo!

-Celebro infinito el poderte proporcionar un rato de risa, aunque sea á mis costillas, respondió Carlos un poco amostazado; pero te aseguro, Carolina, que, para mi á lo menos, no es ningún objeto de risa el motivo que me obliga á presentarme de este modo.

Sufría el pobre Carlos con tanta resignación la zumba de su linda prima, y se notaba en su fisonomía una expresión tan marcada de duda y ansiedad, que Carolina se enterneció, y acercándose a él le preguntó con interés: -¿qué tienes, Carlos? Te veo muy cabisbajo, muy pensativo. Si te he ofendido con mis chanzas, perdóname que no ha sido con ánimo de incomodarte.

El joven apretó suavemente la blanca manita que le tendieran, y contestó: -No, Carolina, tu nunca me puedes ofender. No es esa la causa de que me veas así. Me han sucedido cosas desde que estoy aquí, que casi me han trastornado el juicio.

-¿Qué te ha sucedido, Carlos?

-¡He visto a uno de tus antepasados!

-¿A uno de mis antepasados? Exclamó Carolina, y luego luego su fisonomía volvía a tomar su aire risueño y juguetón.

-No es chanza; te aseguro que he visto al alma del viejo encomendero.

-¡Vaya, vaya, Carlos! Esas son patrañas.

-¡Te digo que no! Mira: te contaré cómo ha sido. La primera noche que pasé en el cuarto donde estoy alojado, se me presentó por la primera vez. Creía que no hubiese sido más que una pesadilla; pero anoche á no dudarlo se me ha aparecido otra vez. Ya me estaba cogiendo el sueño cuando oí pasos: me incorporé en la hamaca, dirigí la vista hacia donde venía el ruido, y vi, si, vi al mismo encomendero que con mesurados pasos se dirigía sobre mí. Estaba vestido del mismo modo que se le representa en el retrato que están en la capilla; lo mismo, lo mismo, menos una cosa, una parte esencial del vestido de un hombre que le faltaba: sus pantalones. Sus velludas y huesosas piernas parecían las canillás de la muerte. Se me acercó: hice un esfuerzo por hablar. Mi lengua permanecía pegada al paladar. Quise levantarme: mi cuerpo yacía tendido sin fuerza, sin vida: parecía que mis miembros habían perdido su elasticidad, su animación, ó que una mano invisible me sujetaba y privaba del movimiento. Cogió mis pantalones, que estaban sobre el espaldar de una silla á mi cabecera. Se los puso, se dirigió al espejo, y por algunos minutos se estuvo contemplando con gran complacencia y desapareció.

-Vaya, Carlos, que eso pasa de...

-No, Carolina: te aseguro por mi honor que es positivo, á no quedar duda.

En ese momento se acercó Tomás, hermano de Carolina, é inmediatamente se le impuso de lo ocurrido. Por su puesto, Carlos

tuvo que sufrir una nueva zumba; pero como hablaba con tanta formalidad, y parecía estar tan íntimamente persuadido de lo que decía, acordaron los dos jóvenes que irían á pasar la noche en el cuarto encantado, y que se mantendrían en vela toda ella á esperar la aparición.

## IV

*El espectro.*

Carlos y Tomás se retiraron á la hora ordinaria, encendieron sus tabacos, apagaron la vela y se sentaron á conversar junto á la ventana.

-Mira, Carlos, dijo Tomás, que será mejor que hiciésemos cada uno nuestro cuarto de centinela. Duerme ahora tu, mientras yo velo.

-No, que es mejor que los dos estemos despiertos.

-¡No seas majadero! Acuéstate, que estoy cierto que mientras estés tu despierto no viene el duende.

-¿Qué quieres decirme con eso, Tomás?

-¡No te amostaces por tan poca cosa, hombre! Debes haber oido que las almas en pena nunca se aparecen á dos á un tiempo; á lo menos así lo ha acreditado la experiencia, y aún tu mismo has tenido una

prueba evidente de esta verdad casi evangélica.

-Sea como fuere, ó como te diere la gana, yo no me acuesto.

-¡Te suplico que sí! Advierte, chico, que es un favor que te pide tu querido primo y futuro hermano, añadió Tomás riendo.

-Bien, bien, basta! Te aseguro que no estoy con ganas de aguantar tu humor zumbón; por eso me voy ahora mismo á dormir, y no por hacerte ningún favor. Eso sí, tan luego como adviertas algún ruido extraño.ó cosa así, ¿me despiertas?

-Sí, hombre, no te de cuidado; yo te despertaré á su tiempo.

A los pocos minutos de haberse acostado, yacía Carlos sumergido en un profundo sueño. Tomás se asomó á la ventana, y llamó en voz baja.- ¡Chit!, ¡Chit!, ¡Muchachas! Están W. allí.

-Sí, contestaron aproximándose.

-Ya está durmiendo mi hombre. No debe tardar el duende.

-Pero, Tomás, ¿no le sucederá nada a Carlos?

-No teman ". Al contrario se curará. Aguardemos un rato.

Todo volvió a quedar en silencio después de este corto coloquio. Tomás se aproximó a Carlos, y le examinó con alguna inquietud. El joven militar parecía agitado por algún sueño funesto. Respiraba con fuerza, su pecho se levantaba y se deprimía casi convulsivamente, y

un sudor copioso y frío brotaba con abundancia de sus poros. Un secreto impulso le dominaba en aquel momento, pues súbitamente se incorporó, abrió los ojos y los paseó por todo el cuarto con una expresión muy manifiesta de susto y ansiedad. Se levantó luego, echó mano de sus pantalones y se encaminó á la puertecilla excusada. La abrió, salió y se dirigió á la huerta haciendo alto debajo de un frondoso tamarindo, á cuyo pie se puso á cavar. Un recio manotón tronó sobre sus espaldas: el sonámbulo dio un grito agudo, y despertó! Tomás y sus hermanas le rodeaban, y él miraba á todos con ojos espantados.

-¿Sabes, Carlos, exclamó Tomás entre serio y risueño, que tienes gustos muy raros! Solo a ti podía habersele ocurrido personificar el alma en pena del viejo encomendero.

-¿Si?... ¡no!... ¿yo?... pero ¿cómo estoy aquí a estas horas?, ¿Qué ha sucedido?... ¿No es esta la huerta?

Carlos tardó algunos minutos en volver en sí y recobrase. Cuando penetró la realidad se avergonzó, y todo confuso y corrido trató de retirarse; pero sus primas le ceñían en círculo, y Tomás le atajaba el paso riendo. No tan de prisa, Carlos, exclamaba. ¡No seas tan lijero de genio! Acaba tu trabajo, hombre: sigue cavando, que ya darás con tus pantalones que el viejo hidalgote de marras tuvo la osadía de venia á enterrar aquí.

Efectivamente: Tomás después de cavar un poco más presentó á su primo sus desaparecidos pantalones. Carlos se moría con la zumba y los dichitos que todos á porfía le prodigaban, hasta que logró

escaparse y como una saeta voló á encerrarse en su cuarto.

## V

### *El ánimo despenada.*

Apenas había transcurrido un mes desde la noche en que Carlos descubrió en su misma persona al alma en pena que hacía desaparecer sus pantalones, era una preciosa mañana de mayo. La hacienda se hallaba adornada al estilo campestre de nuestro país, con palmas de coco, y guirnaldas, y flores desparramadas con profusión por todas partes. Las campanitas de la capilla sonaban á cual más alegres, y los criados y sirvientes de la hacienda acudían en numerosos grupos, con sus blancos vestidos, tan limpios y tan aseados, á presenciar el casamiento de la niña Carolina con el niño Carlos.

Llegó el terrible momento, el momento por el que tanta ansia, tanto se desvela *puja* con tanto ahinco la bella mitad del género humano. Los dos novios recibieron la bendición nupcial, y los abrazos y plácemes de costumbre. Desde entonces no se han vuelto á desaparecer los pantalones de Carlos, porque según dicen sus amigos Carolina ha tenido muy bien cuidado de guardarlos para sí.

*Adolfo Ecárrea de Bollra*<sup>3</sup>  
Campeche, diciembre de 1845.

---

<sup>3</sup> El Registro Yucateco. Periódico Literario redactado por una sociedad de amigos. t. 3, Mérida de Yucatán, Imprenta de Castillo y Compañía, 1846, pp. 222-231.

## LA PLUMA DEL ANGEL

**A**ños atrás, allá en las felices épocas de los milagros, y revelaciones, frutas que tanto escasean en nuestros tiempos, era ministro de cierto pueblo cierto sacerdote; ni el nombre del uno ni el del otro hacen al caso; adelante. Los habitantes del pueblo referido aunque numerosos, eran todos de muy escasa fortuna de modo que el pueblo era pobre, y en consecuencia su ministro solo recaudaba lo estrictamente necesario para pasar la vida mas mal que bien.

Tenía como casi todos los pueblos su pequeña iglesia con una puerta al frente y dos laterales; en el interior de esta solo se veía lo preciso para el culto divino; el púlpito que se ocupaba cada año, el día de S. Ambrosio, patrón del pueblo; un confesionario con el asiento lleno de espeso polvo, indicando el poco ó ningún uso que de él se hacía, tal vez no por culpa del digno pastor, sino porque los fieles huían de semejante lugar; &c; &c; &c.

Enfrente de la puerta que daba al costado derecho de la iglesia vivía el padre en una miserable choza cobijada de guano; en ella tenía los libros indispensables á su estado, entre los que descollaba un enorme misal de medio uso con sus enormes, es decir, grandes abrazaderas de plata, mueble el más valioso de cuanto allí existía. Vivía con él en calidad de criado el sacristán Homobono, que no era

tan bueno como lo expresaba su nombre, porque era un zorro que bajo la capa de la tontera le hacía frecuentes picardías á su buen amo.

Sucedió que entre amo y criado, ó entre sacerdote y sacristán, por motivos que siempre sobran hubo un disgusto, el cual tuvo por resultado que el padre sacudiese á Homobono media docena de bofetadas, las que recibió el paciente al parecer con resignación, porque en realidad la música la tenía por dentro, y abrigaba la mala intención de vengarse haciéndole cualquier diablura al *tata padre*, como él lo llamaba.

Pasaron días y el ministro se olvidó de lo ocurrido, y como veía que el sacristán no daba muestra alguna de resentimiento, lo volvió a tratar con amabilidad y cariño; así que Homobono conoció que ni reliquias del disgusto quedaban en el alma del padre, dijo: ya es tiempo de que me vengue, y empezó a idear el mal que haría a su amo. Entre las travesuras que se le ocurrieron adoptó la de esconderle por algunos días el misal de que hemos hablado y que era el único que tenía el padre, con el fin de gozarse en el sentimiento que le causaría semejante pérdida, y volvérselo despues. Resolvió ejecutar su maldad el próximo domingo concluida que fuese la misa del pueblo.

Llegó el domingo deseado, dijo el padre su misa y Homobono como de costumbre cogió el misal para conducirlo á la habitación de su amo, pero esta vez no lo llevó a su destino sino que lo guardó en la misma sacristía para ocultarlo despues en el paraje más a propósito. Acabó el sacerdote de dar gracias despues de la misa, tomó su

chocolate de ordenanza allí mismo y se retiró.

Entonces empezó el sacristán a discurrir el modo de ocultar bien el cuerpo de su delito, y resolvió no sin fundamento esconderlo en la misma iglesia, porque decía: cuando *tata padre* note la falta de su misal va á creer que se lo han robado, y ni remotamente se figurará que el ladrón ha venido a ocultarlo en este lugar sagrado su robo; entró pues en ella, y buscando un buen lugar para su objeto eligió el confesionario, racionando de este modo: aquí no se acerca jamás *tata padre*; los fieles siempre pasan lo mas lejos posible de este sitio: luego nada tengo que tener; metamos el misal; y diciendo y haciendo, ocultó bajo las numerosas y espesas telarañas que cubrían el asiento del confesionario la voluminosa mole del misal, diciéndole al separarse:- adiós, hasta de aquí a doce días te vendré a sacar de tu escondite. Ya verá mi amo que soy generoso, pues doy dos por uno, es decir, dos días de disgusto por cada bofetada; seis bofetadas me dio, doce días de intranquilidad le daré.- Y se retiró saboreando de antemano su venganza.

Pasaron domingo y lunes sin que el ministro notase la falta de su libro, y el sacristán viendo que habían transcurrido dos días en los cuales nada había sufrido el *tata padre*, resolvió no contar el arresto del misal sino desde el momento en que lo echase de menos su amo. En la mañana del martes buscando esta una carta que creía haber guardado entre las hojas del libro referido, se dirigió al paraje en que de ordinario lo tenía; pero no lo encontró allí, buscó por toda la casa y tampoco halló nada; ya empezaba á inquietarse aunque confiaba

en que su criado por olvido lo hubiese dejado en la sacristía. A este tiempo entró Homobono, y la primera pregunta de su amo fue: -dónde has puesto mi misal?

Una sonrisa maligna cruzó rápidamente por los labios del criado y se dijo internamente: bueno, ya empezaste a padecer; desde hoy cuento el arresto.- No sé *tata padre*, respondió enseguida con la mayor tranquilidad, desde el domingo después de misa que lo puse sobre la mesa no lo he vuelto a ver.- Y para alejar toda sospecha comenzó en unión de su amo á registrar escrupulosamente toda la habitación, aunque estaba seguro de no hallarlo.

-No hay remedio, me lo han robado! exclamó el afligido pastor despues del infructuoso registro; ¿y dónde busco yo ¡Dios mío! Veinticinco pesos para comprar otro, cuando solo tengo lo necesario para vivir? No se aflija U., *tata padre*, le decía el sacristán, yo lo ofrezco á U. (entregárselo antes de quince días decía quedito y continuaba alto), hacer lo posible por indagar el paradero de su misal.- ¡Cuánto te lo agradeceré, hijo mío! -Voy ahora mismo a casa del alcalde para que dicte las medidas que crea necesarias á fin de descubrir el ladrón. Cuida la casa no sea que se repita el delito, llevándome otras cosas. -No tenga U. cuidado, respondió Homobono cuando ya su amo había salido, que mientras no haya bofetones no habrá ladrones.

Ya adivinará el lector que fueron inútiles todas las averiguaciones hechas por la autoridad del pueblo para encontrar un ladrón que no existía. Llegó el sábado y nada se había descubierto, a pesar de que el inconsolable padre había ofrecido públicamente que lejos de castigar

al que le presentase su libro, le haría un regalo sin averiguación de ninguna clase.

Pasó el día del sábado; llegó la noche y el padre se acostó reflexionando lo que haría para dar con el ladrón. De repente se le ocurrió una idea que resolvió poner en práctica.- Mañana, se dijo, es domingo, debe reunirse el pueblo en la iglesia a la hora de la misa; subiré al púlpito cuando estén todos dentro y les haré creer que esta noche he tenido una revelación: que se me apareció un ángel y me dio una pluma, diciéndome que ella descubriría el robo, que aquel sobre cuya cabeza cayera sería infaliblemente el ladrón; dejaré caer la pluma, y como todos mis fieles son muy crédulos no dudarán un instante de mis palabras, de modo que si el ladrón está presente procurará salirse del templo, pues creerá firmemente que la pluma lo va a descubrir, y con su salida se acusará solo. Todo es mentira, Dios mío, pero tu que ves mi necesidad y conoces el inocente fin que me propongo, me has de perdonar y hacer que salga bien en la última prueba que voy á hacer para hallar mi misal! –Consolado por esta esperanza se durmió.

Al otro día, poco antes de la siete de la mañana, salía de su casa el padre con dirección á la sacristía, llevando muy bien envuelta en un papel de seda una pluma más blanca que la nieve, de la cual se desprendía un suavísimo aroma que en realidad no era suyo, pues la pluma era de gallina, pero el ministro para hacer más completa la ilusión la había perfumado de antemano, puesto que iba á hacerla aparecer como venida nada menos que de un ángel. Entró en la

sacristía y de allí pasó a la iglesia; al entrar en ella vio mas de cien fieles y se alegró al notar entre ellos a dos o tres de los que tenía sospechas. Dio a su semblante toda la gravedad que pudo, bajó la cabeza y se dirigió al púlpito.

Parado ya en el centro del púlpito, se pasó el pañuelo por la frente, tosió y dijo enseguida al pueblo:

Henos aquí reunidos, amados oyentes míos, con el laudable fin de asistir al santo sacrificio de la misa; heme aquí en la desgraciada imposibilidad de poder satisfacer vuestros deseos, porque uno de vosotros (y se dirigía con ojos y manos a los infelices de quienes sospechaba) seducido por Satán, ha infringido el séptimo mandamiento de la ley de Dios privándome de mi misal, único libro con que podría celebrar el santo sacrificio referido; infeliz! cree que protegido por Lucifer puede ocultarse á la penetrante mirada del Ser Supremo! se engaña! sí, se engaña, porque ahora mismo en vuestra presencia va a ser descubierto: prestadme atención y me comprendereis.

Anoche (perdóname la mentira, Dios mío), oraba fervorosamente como de costumbre, y en mi oración suplicaba a la justicia divina guiase mis pasos para que descubrir pudiese al sacrílego ladrón; no había concluido de orar cuando una claridad repentina hirió mis ojos y un gratisimo perfume se esparció por todo mi aposento; alcé la vista sorprendido para averiguar el origen de aquello, y sabeis que vi? Sabedlo: un hermoso ángel (todo el auditorio abrió tamaños ojos como si lo hubieran estado viendo) que con la sonrisa en los labios y con una voz más dulce que el trino del ruiseñor me dijo: *El cielo ha oido*

*tus ruegos; hallarás tu misal; esta pluma lo descubrirá; el desgraciado sobre cuya cabeza caiga será el ladrón.* Al concluir sus palabras puso en mis manos esta pluma, y como por encanto desapareció.

Al llegar aquí sacó la pluma del papel y un suave olor de rosa se extendió por todo el templo; el asombro de los oyentes crecía por momentos, hasta Homobono que era el más avisado de todos empezó a creer lo que decía su amo.

Esta es la pluma, (continuó, agarrándola con dos dedos y describiendo con ella un semicírculo para que todos la vieran bien), miradla tan blanca como la inocencia misma; (el auditorio se puso de rodillas, inclusive Homobono) llegó ya amados oyentes míos, el momento fatal de la prueba; voy a dejar libre la pluma, y el desgraciado sobre cuya cabeza caiga será infaliblemente el ladrón, porque el cielo no miente.- Mientras decía esto abrazaba con los ojos toda la extensión de la iglesia para ver si alguno intentaba siquiera levantarse; pero ninguno se movía, todos esperaban confiados en su inocencia; solo Homobono, a quien le estaba remordiendo la conciencia, se escurrió por la sacristía, temeroso de que lo descubriese la pluma; el padre lo observó, pero estaba muy lejos de creerlo culpable.- Allá va, dijo por último, y soltó la pluma; y al ver que nadie daba muestras de temor, exclamó entre sí: nada he conseguido, el ladrón no está aquí.

Mas de doscientos ojos se fijaron asorados en la flotante pluma que descendía lentamente acercándose a la puerta del costado inmediato al púlpito, a causa de una débil corriente de aire; iba ya a caer sobre la cabeza de un infeliz ebrio que se hallaba junto a la

pila del agua bendita,(siempre ha habido hombres aficionados al licor) cuando este inspirado tal vez por Baco, lanzó un fuerte resoplido que llenó los aires de partículas alcohólicas e hizo que la pluma se apartase de él, y se dirigiese al centro de la iglesia; libre ya del anatema que lo amenazaba exclamó, haciendo mil gesticulaciones: *si no soplo soy ladrón.*

El ejemplo del borracho fue seguido inmediatamente por todo aquel a cuya cabeza se acercaba la indiferente pluma, de manera que esta lejos de bajar subía a causa de los numerosos resoplidos con toda la fuerza de sus pulmones arrojaban sobre ella los fieles; subió tanto que llegó a amenazar la venerable testa de sacerdote de cuyas manos había salido, quien por no aparecer como ladró de sí mismo, tuvo que imitar al borracho y soplar también.

Media hora estuvo la pluma en el aire (como Manolito Márquez cuando bailaba el bolero) sin poder llegar al suelo, hasta que por casualidad se fue acercando al confesionario, y como hemos dicho que los fieles huían de ese lugar, resultó que allí no hubo quien soplase y por consiguiente cayó sobre él la blanca pluma.

El padre que no hallaba que salida tomar para quedar bien, dijo maquinalmente: -a ver, que se me traiga esa pluma.- Una multitud de curiosos se levantó para obedecer la voz de su pastor, y queriendo todos ser los primeros en coger la pluma, las manos se chocaron, y al chocarse separaron las telarañas que cubrían el libro, y apareció este a los ojos de los curiosos fieles, quienes despues de contemplarlo un breve rato y cuando la sorpresa les permitió hablar, *una voce dicentes*

exclamaron: ¡Aquí está el misal! ¡La pluma del Ángel lo ha descubierto! La admiración se apoderó de todos los ánimos, y los labios todos repetían con acatamiento y respeto: **¡La pluma del Ángel...!**

El ministro viéndose ya en salvo por tan rara como feliz casualidad, bajó con rapidez del púlpito, y tomando el misal con una mano y con la otra la pluma, dijo en tono sentencioso:- Acabais de presenciar un hecho milagroso; acabais de ver como esta débil pluma guiada por la infalible mano de la justicia divina ha descubierto mi misal; pero como antes os dije, el cielo no miente, él dijo que ella descubriría el robo, y en vuestra presencia lo ha descubierto. No lo olvidéis, hijos míos, y cuando arrastrados por vuestras pasiones intentéis cometer algún crimen, recordad que puede descubrirnos La Pluma del Ángel.

Pablo J. Araos<sup>4</sup>.  
Abril de 1861.-

---

<sup>4</sup> El campechano. Periódico literario redactado por una sociedad de jóvenes. t. I, Imprenta de la Sociedad Tipográfica, 1861. pp. 28-34.

## LOS DOS ENMASCARADOS O EL CRÉDITO EN PELIGRO

### I

**E**l sol tocaba ya a su ocaso, dejando sobre los cielos su huella, rojiza al principio, y de topacio en los puntos más lejanos, mientras que el mar presentaba una superficie tersa y rizada apenas por las pequeñas olas que formaba la brisa de la tarde.

El movimiento de la bahía de Campeche casi había cesado; oyéndose solo de vez en cuando el monótono remar de algún bote; o la sencilla e inciente trova de algún pescador, cuya barquilla se deslizaba suavemente sobre las aguas, con sus velas blancas como las alas de un cisne.

Era una hermosa tarde de primavera de 178..... La ciudad de entonces presentaba un aspecto muy diferente del que hoy tiene; pues siendo casi exclusivamente mercantil, toda la población rica y acomodada habíase aglomerado a la parte del mar; mientras que por la puerta de Tierra solo se veían solares desiertos y chozas miserables.

De una casa grande y de magnífica apariencia, situada cerca del baluarte de San Carlos, acababa de salir un caballero, vestido

al estilo de esa época. Llevaba una casaca de seda con grandes cuadros encarnados y verdes: chaleco morado, formando en la parte de abajo un prolongado peto: pantalones de seda amarillos, que le llegaban a la parte superior de las rodillas, en cuyo lugar los sujetaban unas hebillas grandes de plata: cubrían sus piernas medias color de carne que le sentaban perfectamente con el resto de su vestido; complementando su traje de elegante de entonces zapatos bajos con hebilla y un sombrero de paja fina del país, de anchas alas, algo caído hacia el lado izquierdo. Notábase en su fisonomía cierta especie de audaz franqueza, y de gallardía en su modo de andar, aunque al través de todo esto, un observador curioso, hubiera notado la inquietud de sus miradas.

Tomó con mucha precipitación la calle, que de San Carlos conduce a Santiago, y pasó rápidamente por en frente del muelle y el baluarte de la Soledad.

Al enfrenar con la Audiencia o casa de Ayuntamiento se detuvo, dejó errar sus indagadoras miradas por toda la extensión de plaza llamada hoy de la "Independencia" y observó con ansiedad las avenidas de las calles. Descontento sin duda de su examen, hizo un movimiento marcado de impaciencia y reflexionó algunos instantes.

De súbito iluminó su frente una esperanza. Sin duda le había ocurrido una idea feliz; pues sonriendo a su pensamiento, volvió a tomar precipitadamente la dirección que hasta entonces había seguido. Llegó al cuartel del Batallón de Castilla, que se hallaba en esa hilera de casas pequeñas que se ven hoy, frente a la Maestranza.

Una docena de tambores y pífanos tocaban a lista en la puerta principal.

Un oficial que se paseaba en el interior del cuartel, a una señal del recién llegado, salió de él y se le acercó. Cambiaron algunas palabras en voz baja, y solo se pudo percibir que el hombre de los pantalones amarillos decía al oficial despidiéndose:

-Así, descanso en vos. Hasta las doce en el lugar dicho.

-Corriente.- Y se separaron.

## II

Al dejar al oficial dirigióse nuestro hombre, por el rumbo del Hospital de San Juan de Dios y fue a tocar a la puerta de una casa pequeña, pero de apariencia aseada. Abrió un negro, que sin hablar palabra e inclinándose humildemente, le indicó con la mano una puerta entornada que daba a un cuarto. La empujó suavemente y entró.

Un hombre como de cincuenta años, envuelto en una gran bata blanca, se hallaba arrellenado en un sillón de anchos brazos, con la mano en la mejilla. Pensaba profundamente.

El de los pantalones amarillos se adelantó bruscamente y echándose el sombrero atrás sin más preámbulos, le dijo:

-Mi amigo, los rumores de nuestra quiebra se hacen más alarmantes; los acreedores de la plaza casi nos han amenazado y las noticias han llegado ya a la capital de Cuba. Acabo de recibir una carta de mi amigo Sosaya en que me avisa, que la casa de Franco y Coello ha tomado la resolución de girar contra nosotros una letra por valor de diez mil duros, pagaderos a la vista.

A las últimas palabras de su interlocutor, enderezase el viejo en su sillón y abriendo desmesuradamente los ojos exclamó: ¡Cómo! la casa de Franco y Coello giran contra nosotros una letra de diez mil duros pagaderos a la vista...! Somos perdidos!

Su amigo por toda respuesta se encogió de hombros y después de darse dos o tres paseos por el cuarto, se paró enfrente del viejo, diciéndole.- Y bien! no estamos del todo perdidos... Tomarémolos al crédito esa cantidad.

-Quimeras! Y quien será tan necio que nos fie sus capitales sabiendo los rumores que corren?

-¡Vaya! ya lo se.

-Y bien! observó el viejo con ansiedad.

-Y bien!... yo me los procuraré. Os fías de mí?

-Seguramente.

-Pues basta, no hablemos mas ahora. Al regreso de la tertulia

os informaré aquí. Voy a prepararlo todo. Dios nos guarde mil años.

El viejo que nada había entendido contestó maquinalmente.-  
Él os guie con bien; y quedó solo.

### III

A las diez de esa misma noche, el hombre de los pantalones amarillos y el viejo, su amigo o cofrade, después de haber asistido a una tertulia, en la que se habló de todo, menos de los rumores de su quiebra se dirigían a casa de este último.

Tocaron con precaución a la puerta y les abrió el mismo negro de las reverencias.

-Ya estamos aquí, dijo el viejo, quitándose el sombrero y colocándolo sobre una silla.

-Voy a instruiros de mi plan, contestó el otro; pero os suplico que no me interrumpais. Se que de pronto, os asombrareis; pero al fin, tal vez desaparecerá vuestro asombro. Ya sabeis mi refrán favorito: "la fortuna ayuda a los audaces".

-Bien, os escucho.

-Pero... objetó el de los pantalones amarillos, examinando curiosamente el aposento, ¿sabeis que me ocurre una cosa?

-Cuál?

-Que no estamos bien aquí. Lo que voy a deciros es una cosa terrible; es un secreto que ningún oído profano debe escuchar. Me parece que estaríamos mejor en vuestro cuarto de dormir; porque ese negro me inquieta, añadió en voz baja, señalando la pieza contigua en que el negro se hallaba.

-Como os agrade, respondió el viejo, extrañado cada vez más tantas precauciones. Y fue a abrir la puerta del cuarto indicado.

## IV

Respetando nosotros su misterio, no cometeremos la indiscreción de ir a escuchar a la puerta. Permanezcamos en la pieza que acaban de abandonar.

Al cabo de media hora abrióse la puerta y salió primero el viejo, diciendo en voz baja su compañero.

-Convenido, os acompañaré, si me prometeis no llevar la cosa hasta su último extremo; porque eso sería un crimen.

-Y habeis creído, siquiera por un instante que sería yo capaz de semejante cosa? preguntó erguiendo la cabeza.

-No, hombre, pero... teneis un genio muy vivo y temo os

excedais.

-Os ofrezco que no.

-Bueno, descanso en vuestra palabra.

Y el viejo fue a sentarse en una silla, quedándose enseguida pensativo.

El de los pantalones amarillos, comenzó a pasearse por el aposento con muestras de una impaciencia creciente. A poco tiempo exclamó -¡cuánto tarda el capitán!

El viejo no escuchó la exclamación de su amigo y siguió pensando. De pronto se enderezó en su silla y dándose una palmada en la frente, dijo: -Sabeis que no puede ser eso.

-Cómo no puede ser eso, repitió el amigo deteniéndose.

-¿Os olvidais de esas patrullas de los Pardos?

-Ya... ya he considerado eso y se me había olvidado deciros que el Capitán Ceballos, debe traer en los bolsillos la solución de esa dificultad.

Se oyó un ruido de pasos en la pieza contigua y las miradas de ambos personajes se fijaron en la puerta. Esta se abrió y se presentó el capitán cargado con un fardo.

-Capitán, mostradle a mi amigo la licencia que traeis, dijo el de

los pantalones amarillos, acercándose al militar.

El Capitán, hombre de pocas palabras y aspecto rudo, depositó con calma su fardo sobre una butaca y deslizando sus dedos en el bolsillo de su chaleco, sacó un papel cuidadosamente plegado y se lo presentó al viejo; que acercándose a la mesa, en que ardía una vela, desplegó el papel. Al ver el sello del teniente de rey.- Cómo! dijo, aproximando el papel y el rostro a la vela.

-Lea V. un poco alto, objetó el amigo.

El viejo que de una rápida ojeada había devorado los cortos renglones que el escrito contenía, sonrió maliciosamente y leyó. *"Otorgo licencia, al capitán del Batallón de Castilla D. Onofre Ceballos, para pasearse por las calles de la ciudad con algunos de sus amigos, la noche de este día.- El Teniente Rey."*

-Ahí tenéis, como esa licencia, las patrullas de los Pardos nos despejarán el paso más que de prisa y el tío Gerónimo cae en nuestras manos.

-Perfectamente, veo que sois hombre avisado.

-Son las once y tres cuartos, observó el capitán sacando su reloj, y creo que no teneis que perder tiempo.

-Sin duda, sin duda: dijo el de los pantalones amarillos, dirigiéndose al fardo traído por el capitán. Y sacando dos vestidos de marinero, añadió: -Tomad vuestro disfraz, ya que la honradez tiene que

ir disfrazada a casa de ese zorro viejo. Y diciendo esto, se despojaba de su vestido de elegante para convertirse en tosco marinero.

En un cuarto de hora se hallaban listos, añadiendo el cuchillo del marinero, un par de pistolas cada uno y unas caretas que los ponían espantosos. Sobre todo este traje se echaron unas grandes capas; porque decía el capitán Ceballos, que dos marineros no eran amigos, dignos de un Capitán de Castilla.

Las doce daba el reloj de la parroquia.

Dejemos a estos hombres marchar sigilosamente y con los sombreros calados hasta las narices, por las oscuras calles de Campeche á la media noche y demos algunas noticias necesarias.

## V

Tres cuadras antes de llegar a la puerta de San Román, yendo por la calle llamada hoy de la Aurora, y en el lugar que actualmente ocupa una hermosísima casa de dos pisos; existía entonces una casucha miserable, de malísima apariencia, con sus dos ventanas de madera y su puerta en medio, muy baja, casi cuadrada.

Encima de esta puerta se veía un cuadro, con una hendidura considerable en el centro, efecto del tiempo que había separado las dos tablas de que el cuadro se componía. La pintura que le cubría, por las mismas causas se hallaba tan reventada, que apenas se podía

leer después de grandes esfuerzos, un rótulo, disparejo, en el que un pintor, no muy diestro que digamos, quiso poner sin duda "La Valenciana".

La tiendecita que se alzaba en el interior de esta miserable casa, se componía de cuatro o cinco tablas sucias, en las que se veían esparcidas en desorden algunas botellas de varias dimensiones y algunos platos de barro. El mostrador o mesa de despacho era grande; pero mugriento y cojo.

Pertenecía a un viejo, encorvado por los años, de facciones tostadas, barba escasa y ojos muy pequeños y hundidos, llamado el tío Gerónimo; del que decían, que en el fondo de un arcón, que le servía de baul, ocultaba cuidadosamente sus riquezas; dizque adquiridas no muy cristianamente; porque era un rematado usurero.

## VI

Con estos antecedentes, reunámonos al Capitán Ceballos y sus dos enmascarados amigos.

Para desorientar sin duda a algún curioso impertinente que los seguía, habían dado mil rodeos por las calles de la ciudad, antes de llegar a la consabida casucha del tío Gerónimo a donde se dirigían.

Una vez llegados y después de escudriñar entre la oscuridad, por si alguna patrulla se acercaba; el Capitán que solo había ido a

acompañarlos, se ocultó detrás de una de las ventanas de la casa, y los dos enmascarados se dirigieron a la puerta.

Tocaron con suavidad; pero sin duda el tío Gerónimo velaba, pues inmediatamente contestó de mal humor.

-¿Quién va allá?

-Gente de paz, tío Gerónimo, respondieron, abra V.

Al oír llamarse por su nombre, aunque no había conocido la voz, creyó sería un cofrade, y movido por su exagerada codicia, levantóse del sillón en que se hallaba y se encaminó a la puerta. Antes de abrirla le asaltó una duda y preguntó el nombre del que llamaba. Esta pregunta era demasiado intempestiva para los de afuera. Era una ocurrencia que no habían previsto, y de pronto nadie respondió; pero el tío protestó que ni a San Pedro en persona le abriría, si no decía su nombre. A esta enérgica protesta, los enmascarados tomaron inmediatamente su partido y el más joven que era el que hemos conocido hasta aquí por el de los pantalones amarillos, con voz llena de emoción, dijo:

-Somos jóvenes decentes que necesitamos de V. abra pronto que tememos a las patrullas.

Al escuchar esta declaración tan categórica, dilatáronse ambiciosamente las pupilas del viejo, y el atractivo de la ganancia y su sed de oro lo dominaron de tal modo, que se olvidó de todas las

precauciones y sin replicar más, entreabrió la puerta.

Deslizáronse inmediatamente los enmascarados por la puerta entornada y el más joven con un movimiento rápido, como el pensamiento, cerró la puerta y dio vuelta a la llave. Mientras tanto, su compañero con un movimiento igualmente rápido, notando el estupor del tío, le tapó la boca con una mano y mostrándole con la otra sus pistolas, se llevó el dedo a los labios en señal de silencio. Atónito y desatentado el miserable viejo, pasaba sin cesar sus azoradas miradas del uno al otro de sus desconocidos visitantes.

Esta extraña escena no podía durar mucho. Haciendo un movimiento de impaciencia el que había cerrado la puerta y tomando al tío por un brazo, inclinóse a su oído y con sorda voz le dijo:

-Es un negocio de suma importancia el que tenemos que tratar. Debe ser un secreto impenetrable para todo el mundo, ¿lo ois?... Ni una palabra. A la trastienda.

Recordando el viejo que el cuarto en que tenía encerrado su tesoro daba a la trastienda, palideció visiblemente, pero no le dieron tiempo para hablar. Con un ademán imperioso le mostraron el camino del lugar designado y lo dejaron pasar primero.

Recobrado un tanto el tío y reuniendo todas sus fuerzas, ensayó demostrar alguna presencia de ánimo diciéndoles:

-En fin, señores, espero que hableis.

Haciendo una señal de inteligencia a su compañero el más joven de los enmascarados, se dirigió al viejo y entabló con él siguiente diálogo.

-Bien podeis comprender, viejo caduco, que no se toman tantas precauciones para...

-¿Para qué, señor? interrumpió el tío, echando instintivamente una mirada al cuarto del tesoro.

-Vaya! no os asusteis. Bien mirado podiais tener razón porque el que no viene con el rostro descubierto, eh!...

Una angustia mortal oprimía al miserable viejo, si se había de juzgar por su expresión desesperada.

Sin duda ese momento esperaba el enmascarado; porque inclinándose al oído del compañero, habló con él breves instantes y volviéndose al tío, enérgicamente le dijo:

-Basta ya de razones; al grano. Nosotros somos dos caballeros que temiendo vuestra avaricia, no hemos querido dirigirnos a V. de un modo regular, es decir, del descubierto, para obtener una suma que necesitamos inmediatamente, suma que sabemos puede V. darnos.

-Santa María Magdalena! ¿a este pobre viejo... cubierto de trapos... a este miserable...?

-Calle! calle! todo esto lo sabiamos. ¿Se figura V., tío, que habíamos

de venir sin seguridad alguna?

-Se lo juro, señor, que...

-Aguarde V., tío, interrumpió el enmascarado, voy a hablarle a V. a las claras.

-Pero, Señor...

-Calle! no me interrumpa... Categóricamente hablando, queremos ¿lo ois? queremos, que V. nos preste por dos años al rédito legal, la suma de 10,000 duros.

-Pero...

-Chito! un hecho notable que llamará la atención en la ciudad dentro de algunos días, le hará conocer a V. quienes somos y entonces se convencerá V., si podremos cumplir o no nuestra palabra.

-Señor, si no tengo dinero.

-En fin, V. lo ha querido. Me lavo las manos.

Y sacando los dos enmascarados sus cuchillos de marinero asieron por los brazos al tío, que temblaba como un azogado, y tomando la palabra el que había hablado, con ronca voz le dijo:

-No en vano hemos venido armados y enmascarados, viejo avariento. Sabemos que en este cuarto de enfrente oculta V. sus riquezas. Bien veis que nadie podrá impedirnos cometer un crimen. La calle está

vigilada por los nuestros. Nadie vendrá a socorreros... Tío Gerónimo los 10,000 duros o sois muerto...

Y los dos puñales se apoyaron contra su pecho.

-Dechachemos, rugió el enmascarado, id a buscar los 10,000 duros y volved pronto, nadie os inquietará.

Aterrorizado el viejo, con la perspectiva de la muerte, exclamó lleno de angustia.

-Perdón! Señores, os he querido engañar. Tengo el dinero; pero mirad que me dejáis en la miseria, añadió en tono de súplica.

-Basta! viejo impertinente, el dinero al instante, o te envío a cenar con el.....

-Voy, señores, pero... idos a esperarme a la tienda.

-Ah! viejo zorro, temes que te exijamos más, viendo tus riquezas. No temas, somos caballeros y verás si sabemos cumplir nuestra palabra. Vaya! despacha.

Obedeció el tío Gerónimo, y poco después, entregaba en onzas de oro a los dos caballeros la suma exigida.

Antes de retirarse los enmascarados, acercóse al tío el que con éxito tan feliz, había desempeñado su papel, y sacando una cruz de ébano de su bolsillo, le obligó a jurar sobre ella que nadie en el mundo sabría lo que había pasado; diciéndole luego:

-Como os he dicho, dentro de algunos días sabreis sin duda quienes somos; pero tened cuidado, si a pesar de vuestro juramento revelais algo, os haré asesinar ¿lo entendeis?

-Vuelvo a juraros señor, que será un secreto inviolable para mí.

-Bien! hasta el día del plazo.

-Dios les guarde, señores.

Y abriendo la puerta desaparecieron en la obscuridad.

## VII

Un mes había pasado y ningún hecho hacía conocer al tío Gerónimo el nombre de los caballeros del préstamo forzoso.

Pocos días después, un comisionado de la casa de Franco y Coello de la Habana, saltaba en el muelle de Campeche y dirigiéndose a la casa de Jiménez y Zúñiga presentaba una letra de 10,000 duros pagaderos a la vista. La letra inmediatamente fue cubierta.

Los rumores de la quiebra de esta casa que poco antes cundían por todas partes, salieron falsos. La casa de Jiménez y Zúñiga se salvaba por un milagro. Hacíanse mil conjeturas, pero nadie lo comprendía.

## VIII

Dos años después, el mismo día, a la misma hora, los enmascarados tocaban a la puerta del tío Gerónimo que impaciente los esperaba, y le entregaban sus 10,000 duros con el rédito legal de dos años...

La honradez, estrechada por la necesidad se había visto obligada a disfrazarse con el ropaje del crimen.

P. Salazar<sup>5</sup>  
Campeche, Mayo de 1861.

---

5 El campechano. Periódico literario redactado por una sociedad de jóvenes. t. I, Imprenta de la Sociedad Tipográfica, 1861. pp. 94-104.



OBRA IMPRESA POR  
AB INDUSTRIAL GRÁFICA DEL SUR S.A. DE C.V.  
SAN FRANCISCO DE CAMPECHE, CAMPECHE, MÉXICO  
OCTUBRE DE 2010

